

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año II—Tomo II

Montevideo, 25 de Abril de 1896

Número 26

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña " " " " " " " " " " " "	" 0.60
En el exterior " " " " " " " " " " " "	" 0.70
Número suelto.	" 0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspinera, Teix y C.^a

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—SALOMÓN, por Julio Magariños Rocca.—DE RAFAEL OBLIGADO—¡EN PIEL!, por Daniel Martínez Vigil.—POR LA UNIDAD DE AMÉRICA, por José E. Rodó.—ELLA, por Victor Arrighi.—«AIRES DE MONTAÑA», por Francisco Soto y Calvo.—A LA CIENCIA, por Nicolás N. Piaggio.—UN CAPÍTULO DE NOVELA, por José Luis Antuña (hijo).—SÁPICOS, por Adela Castell.—UN AMOR, por Victor Pérez Petit.—EL, por Guzmán Papini y Zas.—CARICIA PÓSTUMA, por José Irureta Goyena.—RIMAS, por José Salgado.—19 DE ABRIL, por Sara J. Arlas.—CONFERENCIA SOBRE LA NEUTRALIDAD, por el Dr. Luis Alberto de Herrera.—DE LAS PERSONAS EN DERECHO INTERNACIONAL, por el Dr. Rafael Gallinal.—LA PROPIEDAD EN EL DERECHO INTERNACIONAL, por el Dr. Arturo Ramos Suárez.—LA PRENSA Y LA «REVISTA NACIONAL».

SALOMÓN

PERFIL

Al doctor José V. Solari.

Salomón era un indio grande como un rancho, trabajador como un buey y bueno como un pedazo de pan.

Tal era la fisonomía moral y física que daban del mejor peón de D. Eustaquio Rodríguez los moradores de la Estancia del Ceibo.

Su vida durante muchos años pasó tranquila, y fuera de las faenas camperas, casi desapercibida.

Pero un buen día empezó a llamar la atención: su traje fué más «paquete», su caballo más cuidado, sus «garras» mejores, sus salidas del pago más frecuentes y sus alegrías y tristezas más notables. No había más: el gaúcho era empujado por una pasión desconocida, que alteró su régimen sencillo y apacible.

Después de su última salida el mayordomo le había pasado una reprimenda de padre y muy señor mío; no podía seguir así; se quedaba en la estancia y cumplía como un hombre de bien, ó se marchaba de ella, tomando rumbo para donde quisiera.

Salomón inclinó la cabeza; salió del galpón donde sufrió el apercibimiento; juntó sus *cacharpas* y pidió el arreglo de su sueldo.

Noticiado el patrón de todo ello, lo llamó, haciéndole una serie de reflexiones, que oyó con tanta humildad como paciencia, pero que no le convencieron.

—¡Qué quiere, patroncito! dijo; no hay más remedio, me tengo que ir, yo estoy muy lejos de mi *prenda* y no puedo vivir sin verla; así lo quiere la suerte, y la suerte es una taba caprichosa; voy a tirarla; veré de qué lado me sale.

Y no hubo más: recogió lo suyo y un cóndor que le dió el capataz, diciéndole que el exceso se lo regalaba el patrón y que podía volver cuando quisiera, pues allí tendría siempre trabajo. Ensilló y se fué derecho a la querencia nueva.

II

Cerca del pueblo de Nico Pérez, como a una media legua más ó menos, existía una pequeña población cuya simple rusticidad denunciaba la categoría de sus habitantes.

Éstos eran una china vieja que hacía de lavandera y una muchacha, hija suya, como de unos dieciséis años, conocida por Rosita la guitarrera, fruta silvestre que más de uno deseaba aunque tuviese que pincharse en las tunas de su cerco.

Como era *música*, no había baile, velorio ó reunión a que no fuera preferentemente invitada, y allí iba ella con su madre, en el carretoncito que tenían y su correspondiente instrumento con el que tantas dulzuras arrancaba y despertaba, cuando a campo libre, en rancho de terrón ó bajo azotea de media-agua, producía sus armonías, suaves como las súplicas, dulces como las caricias y vibrantes como los recuerdos del pago.

Con motivo de unos óleos en casa de un paisano de su relación, fueron ambas invitadas, y Salomón tuvo el encargo de traerlas y llevarlas.

Al indio grandote le hirvió la sangre cuando oyó cantar a la gauchita, siguió atento las piezas que tocaba y se enamoró fuerte cuando empezó a examinar bestialmente los encantos naturales y visibles de la que desde entonces fué su *prenda*.

Y ya no más, «como toro sobre el lazo» empezó a trabajarla y a «ronciarle el ala», y en un pericón que al poco rato se bailó, la tomó de compañera, y cuando le tocó el turno de entrar en la rueda ya tenía preparada su *relación*, tan intencionada como querendona.

No hay que decir que ésta produjo su efecto.

¡Pero qué efecto!

La muchachada, a una señal del *bastone-*

ro, prorrumpió en una de aplausos y gritos, en tanto que el comadraje cuchicheó a su gusto de la «salida de vaina» del hasta entonces indiferente paisano.

Rosita, aunque acostumbrada a toda clase de piropos, nunca había recibido un escopetazo a boca de jarro como ese; se turbó un poco; pero como buena criolla lo dejó a Salomón chiquito, dándole sobre la marcha «un retruco de mi flor».

El chapetón pagó su entrada a la vida del amor soportando pacíficamente las bromas, pero una frase suelta que oyó, se le clavó en el corazón como una puñalada.

—No por mucho madrugar, amanece más temprano, había dicho D. Valentín, el escribiente de la policía, cuando se produjo el alboroto.

El mozo era *ave*, según se decía, y gozaba de favor entre las muchachas del pago; además *era autoridad*, y por consiguiente, su expresión muy bien podía a la larga traducirse en lucha ó amenaza.

III

Salomón cortaba campo sin temor a sol ni agua, a luz ni sombra; su rostro no se quemaba; su poncho *pampa* lo protegía; su vista no cambiaba, y hacía leguas y leguas con el pensamiento fijo de ver a su dueña.

Su salida de la Estancia del Ceibo parecía más una fuga que otra cosa, pero a él no se le importaba nada, porque la distancia era un obstáculo que su pasión había suprimido así de pronto y a su gusto.

Cuando llegó al guarda-patio y dió las buenas tardes miró como de costumbre hacia el interior del rancho que guardaba su amor, y se quedó sorprendido.

¿Qué había pasado? ¿Se habrían mudado? No, no podía ser, lo hubiera sabido. ¿Cómo no!

Adelantó unos pasos, y al fijar su mirada escrutadora, encontró la clave del enigma.

Aquella cama con colcha de escudo nacional, y aquella cómoda adornada con un par de floreros de gusto *campesino* denunciaban bien a las claras cuál era la causa de la transformación que al principio lo sorprendió y que ahora le producían tanta rabia y desesperación, no dejándole dar un paso ni articular una sola palabra.

Por fin la voz de la china vieja lo volvió en sí.

—¿Qué anda haciendo por estos pagos, Salomón?

—Nada; venía por un *costumbre*, pero le juro que será la última vez, replicó lleno de coraje.

—Tenga paciencia, ¡qué quiere! el hombre se presentó, no queríamos hablar del asunto, pero al fin nos ha convencido; él

nos dará lo que otro no podría, y además para que la muchacha el día menos pensado se pierda, más vale que esté sujeta; tenga paciencia y consuélese, porque al fin y al cabo Rosita no es la única mujer que hay en el mundo. ¡Son cosas de la vida!

—Para mí sí es la única, y acuérdesse de lo que le digo en este momento; yo no soy hombre a quien hagan lo de la urraca, ni canto para el lado contrario al nido, como el teru-tero. *Adiosito.*

IV

En el ejido del pueblo el gauchaje estaba reunido para presenciar la carrera de dos de los más famosos parejeros de los alrededores.

Las apuestas se cruzaban y los dicharachos de los jugadores estimulaban *las paradas* que con tal motivo se hacían.

Cercadel ramaje se habían establecido boliches y carpas, repletos de *beberaje*, y pululaban a su alrededor los muchachos pobres de pueblo con sus latas llenas de pasteles criollos, pregonando su mercancía.

Cerca de uno de aquéllos había un grupo de paisanos, entre los que se encontraba Salomón, a quien le daban broma tras broma por el suceso que antes hemos narrado.

—Conque, *ño* Salomón, le decía un gaúcho quebrallón, con la pierna cruzada en la delantera del recado, parece que le ha ido mal en esta vuelta y que ha desperdiciado el tiempo para que otro le cope la banca.

Y otro no menos *cumpa* que éste, agregaba: anduvo manco, *rubio*; ha calentado agua para que otro tomara mate. Llórela perdida.

—¡Pucha! digo, decía un tercero, qué modito de hamacar tenía la morocha. Y seguían las cuchufletas, que enardecían al agraciado hasta obligarlo a tomar una actitud resuelta.

—Bueno, basta de compadrada, les dijo; no soy pila de agua bendita para que todos metan la mano; miren que la argolla se revienta contra la cincha.

—No es para tanto, *aparcerero*; sosiéguese; que al fin y al cabo la mujer es como la mosca, y de ahí saque no más la consecuencia.

—Yo no saco consecuencia, dijo el aludido, y no me busquen Vds. porque es con otro la partida; con ese *sarnoso* que viene ahí, agregó, señalando al escribiente, quien seguido de un sargento, se dirigía al grupo. Todos callaron, esperando después de esta bronca algo que estuviera en relación con ella.

—Buenas tardes, dijo éste; ¿qué tal, muchachos? ¿ya han despuntado el vicio? ¿ninguno quiere jugar unos realitos conmigo?

Todos contestaron que ya lo habían hecho, menos Salomón.

—Y vos, *che*, le dijo aquél a éste, ¿no tienes ganas que te gane otra *parada*?

—A mí nadie me ha ganado nada en la vida y menos V., porque no le veo uñas para guitarrero.

—Para eso tengo guitarrera, pero vos no tenés ni uña para pelar mondongo, zonzito de porquería.

—No me falte, D. Valentín, que no soy trapo de fogón ni menos cuero sobado.

—Qué no te voy a faltar! á ver, sargento, quítele las armas á ese hombre, pronto, y sino pele la lata vieja y déle una serenata. Ya verás con qué parte, de esos que yo sé escribir, te mando á un cuartel de Montevideo si te *retobás*.

Los del grupo se interpusieron viendo la arbitrariedad de que era objeto su compañero, y el sargento no cumplió la orden.

Salomón, mientras tal sucedía, había permanecido tranquilo y mudo sin por eso perder de vista á la autoridad, que se alejó de pura complacencia echando las bravatas de estilo y las prevenciones de orden.

V

El «pico blanco» del Pajonal y el «rosillo» de las Chacras estaban en las obligadas. Los aficionados habíanse colocado en su puesto y la policía se había repartido entre las dos rayas de largada y sentencia.

El escribiente, por no perder la costumbre, andaba dando su vuelta cerca del chinaje, para ver si había algo bueno y también para echar unas compadradas y recibir unos piropos.

Salomón no lo perdía de vista; cuando vio que estaba un poco distante, calculando á la vez el entusiasmo de la gente, se cortó en dirección á donde estaba aquél y parándosele bien en frente le dijo:

—Vamos á arreglar cuentas con doña autoridad. ¿Conque, D. Valentín, V. sabe escribir partes como se precisan con la pluma, por supuesto? Pues mire, yo por todo lo que me ha hecho le voy á escribir, como sé, un parte en el lomo con este arreador.

—¡Ah trompeta; andás alzado; ahora te voy á componer; ya date preso.

Y lo atropelló con la pistola en la mano.

Salomón lo vio venir, y ligero como una flecha, sin darle tiempo para respirar, ladeó el caballo y le sacudió tan feroz golpe en la cabeza, que lo hizo caer desmayado.

Bajó á su vez, se apoderó del arma y le dijo á las chinas, con aire de compasión, que le echaran un poco de *cualquier cosa* á ese hombre tan flojo, que parecía tabaco aventado.

Había recién montado cuando el sargento, que era la sombra de su superior, se apareció, y dándose cuenta de lo sucedido, trató de prender al heridor.

Pero el indio, que había sido manso hasta la víspera, se había vuelto una fiera, y dijo que no sólo se resistía á acatar la orden, sino que estaba dispuesto á pelear con todos los que se presentasen, allí y en cualquier lado.

—Darme preso, decía con voz temblona, para que me estaqueen, me peguen una paliza y después me encierran en un cuartel como le pasó al ñato de los Rodríguez y al chiquiñote de Pereira! No sea pavo, don sargento, no se apampe y eche una manito conmigo si le gusta la bolada.—Yo le he pegado en buena ley á ese bellaco, y sino ahí están esas mujeres que pueden decirlo, —que digan la verdad, no ha sido más que un golpe en medio de las guampas.

El sargento en tanto trataba de aprovechar la ocasión, pero como veía que la cosa era demasiado seria, esperaba la llegada de

un compañero para poder prender al indio que estaba dispuesto a todo.

Salomón seguía dándose corte, cuando un tapecito de la policía que llegó en ese instante, notando una seña del sargento trató de manotearlo.

Pero no bien lo intentó, le acomodó un «mangazo» con su arreador favorito, y lo dejó sesteando, sin ganas de volver por el vuelto.

Ya se habían apercebido de la pelea los otros compañeros y habían ido llegando de dos y de á tres, pidiéndole á Salomón que se entregara, porque sino sería *pa pior*.

—No sean zonzos, matalotes, les decía Salomón; hoy me toca á mí enderezar á estos babosos que siempre se quieren llevar á todo el mundo por delante, porque las razones del pobre son como campana de palo; déjenme no más, me ha dado por hacer la pata ancha; y el que la tenga más grande que salga al medio, que la sota de bastos está en puerta.

Y hacía rayar á su malacara, que parecía enardecido como su jinete, y se levantaba el poncho del lado derecho y se echaba atrás el ala del gacho.

La policía se había reunido y desenvainando los corbos le llevó una carga que soportó admirablemente, mostrando su brazo de acero, la agilidad de su cuerpo y el temple de su alma.

Viendo que solo contra todos á la larga tendría que caer, dió una media vuelta y le cerró piernas á su flete, sacándole distancia á los matungos patrios, que lo perseguían; pero al llegar á la entrada del monte, sujetó como avergonzado y esperó la llegada de la autoridad para darle el último golpe.

Ya no tenía el arreador como arma de defensa, sino que su diestra empuñaba la pistola del escribiente con la que hizo sus dos tiros certeros.

La gente se había intimidado, y Salomón después de haberles golpeado la boca ganó lo más espeso del monte, cuyas entradas y salidas lo reconocían como su más experto baqueano.

VI

Á las dos noches siguientes una partida de cuatro hombres llegaba al rancho de la vieja lavandera y le pegaba fuego por todo sus costados en medio de alaridos espantosos y gritos de alegría salvaje.

La venganza se había completado. La pasión estalló y se extinguió á sangre y fuego.

Desde entonces Salomón se convirtió en el más famoso matrero que haya merodeado en el Olimar, y sus hazañas y crueldades las ha perpetuado la tradición del pago, sombrías ó heroicas, según que el alma fuerte del gaúcho las impulsaba, ó los sucesos así lo querían.

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.



DE RAFAEL OBLIGADO

Buenos Aires, abril 16 de 1896.

Sr. D. Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Distinguido señor:

Me es grato acusar á V. recibo de su muy atenta fecha 6 del actual y de la colección de la REVISTA NACIONAL con que V. y sus colegas han tenido la fineza de obsequiarme.

Conocía ya la REVISTA por haber recibido anteriormente algunos números sueltos, los cuales me bastaron para estimarla en lo mucho que vale; pero una vez recorrida la colección de ella, el juicio ha sido más favorable aún, porque he podido apreciar mejor la magnitud del esfuerzo de ustedes y el acierto con que van realizando sus propósitos.

En las páginas de la REVISTA he conocido algunos poetas y prosadores de mérito, de cuyas producciones no tenía noticia, aunque seamos vecinos, y críticos de fuste como los señores Rodó y Pérez Petit.

Aunque me cueste confesarlo, debo decirle que también me eran desconocidas las más de las producciones de V. y de sus compañeros de redacción, hecho que probará á ustedes una vez más el aislamiento intelectual en que vivimos y la necesidad en que estamos de cambiarnos publicaciones tan bien inspiradas y dirigidas como la REVISTA NACIONAL.

En cuanto á la colaboración que tan gentilmente se me pide, me haré un honor en complacer á ustedes, una vez que lo permita el estado de mi salud, hoy un tanto delicada.

Aprovecho esta oportunidad para saludar á V. y demás redactores de la REVISTA con mi más alta consideración y aprecio

RAFAEL OBLIGADO.

C. de V. Alsina, 1120.

¡En pie!

Á Victor Pérez Petit.

¡Qué de veces, suspenso por el pasmo
Que provocan las lides de la idea,
Vacilar he sentido mi entusiasmo,
Como recluta que entra á la pelea!

¡Y cuántas, lo encumbrado de la altura
Donde sus alas bate el pensamiento,
Como á Dante la agreste selva oscura,
Ha sumergido mi alma en el tormento!

La senda de la gloria está orillada
Por las alevés zarzas de la envidia,
Y no hay alma triunfante en la cruzada
Á la que no emponzoña la perfidia.

Si lo difícil de la empresa mide
Quien hoy aspira á conquistar un nombre
Y al bien tan sólo contingente pide,
Digno es de loa perennal ese hombre!

Muelle, viciosa, débil, enervada,
Exangüe el corazón, vacua la mente,
La juventud actual, la grey dorada,
Olvida el porvenir por el presente.

Existe quien, hipócrita y cobarde,
Infama la virtud y odia la ciencia,
Y hace de la verdad público alarde,
Y diz que al bien consagra su existencia.

Mas, no todo se rinde ni apoltrona,
No todo se corrompe ni claudica:
Aun hay cruzado que el deber pregona;
Aun hay cruzado que el deber practica.

Mi corazón con entusiasmo late
Por el ideal, el bien, la luz, la gloria:
Si desierto del sitio de combate,
Que se infame por siempre mi memoria!

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

POR LA UNIDAD DE AMÉRICA

(PARA LA «REVISTA LITERARIA» DE BUENOS AIRES)

Montevideo, 1.º de abril de 1896.

Sr. D. Manuel B. Ugarte, de mi aprecio:

Me exige V. como retribución de la brillante página con que ha favorecido á la REVISTA NACIONAL, mi prometido concurso para la que V. dirige.

Grato de veras á esa exigencia, para mí muy honrosa, y decidido á complacerle, había escogido por tema de mi colaboración las impresiones de mi lectura de esa interesante «Revista Literaria.»

Llegada, empero, la hora de dar cumplimiento á mi promesa, percibo la desproporción entre la fecundidad de asunto tan vasto y halagüeño y la premura con que escribo.—Prefiero, pues, por hoy, entregar á los rasgos fugaces de esta carta una sola, aunque quizás la más intensa, de mis impresiones,—el interés y la simpatía que me merece uno de los muchos aspectos encomiables de la obra tan inteligentemente emprendida por V.

Aludo al sello que podemos llamar de *internacionalidad* americana, impreso por V. á esa hermosa publicación, por el concurso solicitado y obtenido de personalidades que llevan á sus páginas la ofrenda intelectual de diversas secciones del Continente.

Lograr que acabe el actual desconocimiento de América por América misma, merced á la concentración de las manifestaciones, hoy dispersas, de su intelectualidad, en un órgano de propagación autorizado; hacer que se fortifiquen y se estrechen los lazos de confraternidad que una incuria culpable ha vuelto débiles, hasta conducirnos á un aislamiento que es un absurdo y un delito, son para mí las inspiraciones más plausibles, más fecundas, que pueden animar en nuestros pueblos á cuantos dirigen publicaciones del género de la de V.

En los Juegos Florales de 1881, donde fué coronado el poeta de la «Atlántida», la

palabra elocuente del doctor Avellaneda resonaba para pedir, como una consagración de la unidad de la raza española en este continente de sus esplendores futuros, una institución literaria que, á la manera de los juegos de la Hélade antigua, abriese al genio y al estudio un vasto teatro de expansión, con auditorio de cuarenta millones de hombres, desde el Golfo de Méjico hasta las márgenes del Plata.

Mientras el pensamiento de aquel esclarecido hombre público no pase de una aspiración brillante y generosa; mientras una grande institución de ese género no prepare, por la unidad de los espíritus, el triunfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador, cuando soñaba en asentar sobre el Istmo que enlaza los dos miembros gigantes de la América la tribuna sobre la que se cerniese vencedor el genio de sus democracias, son las revistas, las ilustraciones, los periódicos, formas triunfantes de la publicidad en nuestros días, los mensajeros adecuados para llevar en sus alas el llamado de la fraternidad que haga reunirse en un solo foco luminoso las irradiaciones de la inteligencia americana, por la fuerza de la comunidad de los ideales y las tradiciones.

En tal sentido, su propaganda y sus esfuerzos me parecen merecedores de un aplauso entusiasta.

Ustedes tienen, por el escenario en que descuellan, por el centro en que escriben, la más brillante oportunidad para vincular á su nombre el honor de la iniciativa en obra tan fecunda y de tan vastas proyecciones, desde esa Buenos Aires, encaminada sin duda á representar en lo porvenir, como lo representa acaso en el presente, la personificación más selecta de su estirpe, el primado de la civilización latino-americana en las múltiples manifestaciones de la cultura, del arte y de la ciencia.

El más eficaz y poderoso esfuerzo literario consagrado hasta hoy á la unificación intelectual de los pueblos del Nuevo Mundo partió de tierra argentina, y está representado por los trabajos de investigación, de divulgación, de propaganda, con que la incansable y fervorosa actividad de Juan María Gutiérrez tendió á formar de todas las literaturas de América una literatura, un patrimonio y una gloria de la patria común.

La labor del maestro espera continuadores que la lleven á término fecundo, y yo abrigo la persuasión de que, á continuar como hasta hoy el vuelo ascendente de la Revista que V. con tan animoso espíritu dirige, ella ha de recordarse con honra el día en que sea posible constatar el definitivo triunfo de esa aspiración en que le acompaño con mis simpatías y mis votos.

Grabemos, entre tanto, como lema de nuestra divisa literaria, esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: POR LA UNIDAD INTELECTUAL Y MORAL DE HISPANO-AMÉRICA.

Créame su afectísimo amigo,

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

ELLA

Cuando invoco á la dulcísima
Harmoniosa poesía,
Y le pido de sus flores
La más casta, la más bella,
Siento fiebres que circulan
Por mi sangre, y llamaradas
Luminosas que se tornan
En quemante luz de ideas.

Una diosa inmaculada
De bellissimo semblante
En mi estancia silenciosa
Dulcemente se presenta,
Y es poblarse mi cerebro
De brillantes fantasías,
Como el hondo mar otrora
Con los cantos de sirenas.

Y me dice el hada hermosa:
Soy el ave de los cantos;
He nacido en los mirtáceos
Laberintos de la Grecia;
He mojado el pie desnudo
En las aguas de Castalia,
Y en los juegos del Olimpo
He mostrado mi belleza!

Bajo el cielo luminoso
Que tapiza el Archipiélago,
He vagado de isla en isla,
De sus bosques joven reina;
De las frentes inspiradas
Apartando el negro rizo,
Con el beso de las auras
He besado á muchas de ellas.

Fué mi rey un Dios llamado
Padre Homero por los hombres;
Tiene un hijo majestuoso
Cual su padre, fué el Poema;
Luego viuda por el mundo,
Siempre joven, siempre virgen,
Con mi bálsamo he calmado
El dolor de muchas penas.

—¿Dónde moras?—En los bosques
Misteriosos y sombríos,
En las playas rumorosas
Donde el médano clarea,
En el labio de la virgen,
En el grito del combate,
En la llama rugidora
Del volcán, roja cimera;

En la voz de la campana,
En las viejas catedrales,
En la margen de los ríos,
En el oro de la estrella,
En el páramo, en el trópico
Bajo la hoja de los plátanos,
Y en los pálidos otoños
En el manto de sus nieblas.

—¿Y qué buscas?—Almas nobles.
—¿Para qué?—Para inundarlas
Con la luz de mi presencia;
Soy el sol de los espíritus
Y los baño en resplandores.
Si muriera los cegara
Para siempre la tiniebla!

VÍCTOR ARREGUINE.

«Aires de montaña»

DE NOCHE

[Conclusión]

EN LAS TINIEBLAS

Pasadas así tres horas de conversación
que se fueron como una, nos despedimos.
La digestión estaba hecha, la hora era
oportuna.

Protestamos ser inútiles las ofertas de
un compañero, guía ó acompañante, que el
fondero al despedirnos nos hacía, y nos pu-
simos en camino.

Á los pocos pasos dimos en las afueras
del pueblo.

La luz del Krone empezó á debilitarse y
nos hallamos bien pronto del todo en la so-
ledad embozados en el manto de las som-
bras.

Como era ya muy tarde para aquella
buena gente madrugadora, todos los chalets
estaban cerrados, y no lucía otra luz en el
espacio, de que se había hecho dueña la no-
che, que la titilante de las estrellas.

En un principio, la misma anormalidad
del paseo no nos dejó darnos cuenta exacta
de la clase de sensación que en nosotros
despertaba; pero como lentamente, aunque
siempre en aumento, íbamos experimentan-
do una intensa impresión de soledad, apre-
surábamos el paso.

Así, casi sin hablar, dejamos atrás el cas-
tillo ruinoso, luego los altos picos nevados
de la derecha, más tarde el pueblecito de
Silis, desde lo temeroso y hondo de cuyas
afueras, un perro, único sér viviente, al pa-
recer, en tal punto y á tales horas, aúlla
profundamente. Dijérase que su aullido ter-
rorífico quisiera encarecer para nosotros
mismos lo intempestivo y fantástico de se-
mejante paseo.

Bien pronto queda también atrás la er-
guida Peña en que esa tarde estuvimos de
pie ante el muchacho cabrero, y desembo-
camos por fin en la Vía-mala.

Repentinamente irradiaciones lechosas nos
hicieron reparar en el cambio que se operaba
en el cielo. Las intermitencias con que baja
ya la luz tímida de la luna que ha aparecido
como descaecida y enferma, hacen más
misterioso y más lúgubre este camino lleno
devueltas y revueltas y de partes semi-claras
contrapuestas á aquellas en que las grutas
obscuras aparecen como manchas de la
misma obscuridad. Las paredes bituminosas
se alzan tétricas hasta una altura increíble.
Caminamos en algunos puntos tan á ciegas,
que yo no sabría decir si se asienta mi pie
en el seno mismo de la carretera ó si lo po-
so en el borde desguarnecido del precipicio:
tal es en ellos de absoluto el dominio de las
tinieblas.

La inmensa y espesa sombra y el com-
pleto abandono embriagan aquí en sus mis-
terios la fantasía, y se comprende por qué
está cada palmo de terreno sembrado de
tradiciones.

Nunca he sentido más hondamente la im-
presión de soledad. Una agitación extraña
comienza á aletear en mí. . . . No obstante,

no hay motivo de inquietudes. Conocemos
la tranquilidad proverbial de las regiones
de trasmano de la Suiza, y la hora y el sitio
son antes bien que un peligro prendas de
garantía.

—¡No hallamos alma viviente!—dice mi
compañera, que no goza ya mucho con el
paisaje.

—¿Acaso venimos á buscar aquí viandan-
tes?—respondo sonriendo. Pero verdad es
que de tiempo en tiempo me parece come-
ter una imprudencia.

En medio del incesante rugido del río
que se revuelve entre las peñas como que-
riendo ponernos miedo en el ánimo, hasta
la noción de tiempo se pierde; y me ocurre
que hace ya mucho caminamos pasando de
grandes charcos de luz á extensos campos
de sombra.

Envueltos en las tinieblas vamos estre-
chamente unidos y silenciosos yo y mi com-
pañera.

Yo soy todo ojos, empeñado como voy
en estudiarme y estudiarla, para fijar en la
memoria las sensaciones. María se me cie-
rra al cuerpo mirando aquí y allí con temor
que en vano quiere disimular. Siento su
brazo temblar sobre el mío, que encerrán-
dolo en un arco vigoroso, la trasmite algún
valor aunque insuficiente para hacerla due-
ña de sus nervios convulsos.

En ocasiones, por distraerla de la crecien-
te inquietud, le dirijo la palabra.

No es la maldad humana lo que se teme.
¿Acaso hay sér viviente aquí? No. ¡Bien me
lo sé yo, que algo muy semejante á la in-
quietud de mi compañera experimento!

—Sabes tú que yo no soy miedosa. . . di-
ce. Y corta la frase para escuchar algún le-
ve roce de hojas movidas por el viento; lo
que en aqueste silencio de muerte suena á
ruido de pasos cautelosos que cruzaran aquí
y allí entre la sombra. ¡Qué inquietud! Díje-
rase que el alma es una paloma cuya timi-
dez le hace andar huyendo de un lado para
otro. Los recuerdos se le representan ves-
tidos de los colores más raros. ¡Qué moles-
tos se hacen los de las tradiciones: los de
estas tradiciones suizas que, con ser dispa-
ratadas, tanta fuerza, de verdad simbólica
guardan entre las mallas sutiles de sus can-
dorosos relatos! Siente uno haber fomenta-
do las referencias. Ahora parecen querer
materializarse los personajes de ellas. Salen
de la propia imaginación del excitado y se
cristalizan ó cuajan en un árbol amenazante,
en una bruma que huye desesperada alzan-
do los brazos al cielo, mientras su veste se
extiende y baja en pliegues con la precipi-
tación del movimiento; en un poste de telé-
grafo que mueve los ojos blancos de sus
aisladores con el variar de la luz de la luna
que anublan nubes que pasan; en las llamas
de un zorro que mira desde el brezal; en la
sombra de la lechuza, que como el alma de
una sombra turba un instante la profunda
obscuridad; en el romper de vidrios del to-
po que huye asustado; en el viento que re-
vuelve los cadáveres de las hojas, y en el
triste sonar de la esquila de alguna cabra
extraviada que pasa como un lamento y de-
ja su estremecimiento de dolor en las mon-
tañas.

En todo adquieren forma y cobran sér

las leyendas. ¡Y los campesinos que se persiguen al referirlas!

Deseos me dan de que algo nos ocurra para salir de esta inquietud irrazonable y sentir al fin la saludable reacción de elástico escapado producida por el acontecimiento.

« ¡Handermanli llora! »

Y la voz cascajosa de Sienz me pareció sonar allí dentro, muy adentro de mi oído; mientras empeñado en enjugar las gotas de agua que caían sobre mi rostro desde la húmeda bóveda del túnel tenebroso porque pasábamos sin poder ver nuestras manos, siento temblar agitadísima á mi compañera. Bien comprendo cuán intensa debe de ser, la irreflexiva pero muy explicable impresión de ella; y no sé cuántas bromas le hago tratando de tranquilizarla. Al fin prorrumpe:

— ¡Buena estoy yo para chistes! ¡Qué imprudencia!

— ¡Mira qué hermoso cuadro! — exclamo sin poderme contener.

La boca del túnel encierra el cañón de las altísimas cumbres, las cuales allá lejos dan entrada al chaparrón de rayos de luna que baña el pueblecito de Thussis, dormido junto al torrente entre negruras de criptas y resplandores opalescentes. La luz franjea de plata los perfiles de la torre, algunos de los más altos de los techos de los chalets y el acantilado de la peña; y así, parece el villorrio hecho de conchas de nácar.

Pero María no goza ya con nada de esto.

Como hallamos el camino también regado en partes por la luna, alzo la vista hacia la rebanada de cielo cortada sobre nosotros por los dos filos tajantes de la montaña. Anhele ver el efecto de la cumbre que baña luz de bengala. Pero no puedo dejar de lanzar un grito y agacharme y hacerme involuntariamente chiquito, encogido y amilanado de pronto por la corriente eléctrica de una repentina sorpresa. De casi junto á mi faz, rozando casi mi cabeza, no sé qué pájaro enorme y negro como un manteo que arrebatara el viento, pasa callado haciendo quiebro en el aire como en busca de la sombra; parece darse una testarada contra un pino, remonta al fin la cumbre izquierda y desaparece. Felizmente mi compañera, que no ve el aparecido, sólo participa por reflexión de mi sorpresa y escapa así de un buen susto. Quedo extasiado. Reina de nuevo la paz, los nervios se han aplacado y una atmósfera de plata maravillosa nos cubre con su neblina.

Otra nube va corriendo aquí abajo su mantón obscuro, mientras que la que lo arroja desde el alto cielo vela la luz de la luna.

Ya la última claridad que iluminaba á medias el camino se disuelve en un torrente gaseoso de negruras.

Recomienzan los negros boquerones: las órbitas, sin pupila, de las montañas ciegas; la punta de obscuridad con que el túnel parece agujerear con su tenebrosidad la sombra. Vuelven á poblarse los declives de tétricos grupos de árboles de muy mala catadura: enangóstase la vereda, multiplícanse las grutas: las paredes de roca se aproximan.

DER KLEINE SCHWARZE FEURIGE

Dentro de breves instantes vamos á cruzar el Puente del Diablo, y los murallones que ahora se apartan vivamente, vienen á dar así como la sensación de la vida en tan muerta soledad. Un hilo de agua se escurre *flío-fliendo* por una grieta del bituminoso muro. ¡Sea bien venido! Siquiera es un compañero. . .

Por entre la áspera hendedura se ve una cumbre helada en que la luz resplandece como sobre un cono de cristal de roca. La reverberación lechosa busca un vacío en la pared y por él se precipita al abismo. Al chocar en el agua se convierte en montón de laminillas micácicas cuyos fuegos se entrecruzan como si fueran las hojas de cien lucientes puñales. Es el agua que agitada lanza reflejos sin orden y chispea proyectando en contorno las salpicaduras de su plata derretida. La canturía misteriosa del Rin se dulcifica. Dijérase que á su ensalmo una procesión de pinos sonámbulos, calado el negro capuchón, sube por la rampa, y los que más se encumbran, ya casi al lado nuestro, parece estiraran el pescuezo para mirarnos pasar. Así quedan allá atrás, en grupo estúpido, entre asombrados y hueraños. ¿Qué les importa á ellos de nosotros?

Se ha abierto en dos otro fantástico grupo que nos estaba esperando.

Es para que baje por entre ellos una mujer vestida de blanco. Pero no; es solamente el agua de la torrentera que viene en busca de la honda cuenca del río.

Sin decir palabra hemos dejado atrás el Puente del Diablo.

Fingiendo tranquilidad, recuerdo á mi compañera la aparición que nos refería en las alturas de Como, el bárbaro montañés, nuestro guía, aparición de una viejecita endiablada que puso en agitación á las gentes de Taceno, y que á él mismo, — hombre sin preocupaciones — se le apareció una noche al pasar el río, saliendo como un vapor del negro espejo del agua. . .

— ¡Vaya unas reminiscencias oportunas!

Yo río y prosigo recordando:

— ¡Cuánto me gustaría ver también la procesión de frailes, todos muertos! Y el alma transparente del fondero comilón de niños crudos! Esa alma que con graznidos de corneja huye por lo más intrincado del bosque perseguida de una jauría de ladran-tes angelitos. . .

Creo que mi imaginación goza con esta unión de lo legendario y lo naturalmente misterioso que lleva todo sér consigo mismo; pero María, impaciente, me hace callar.

— ¡Vamos! ¡Por favor! ¡Déjame tranquila! Yo no necesito alterar más mis nervios. . . Demasiado alterados los traigo. . .

— Pues lo dicho. Si hubiéramos traído la escolta que te propuse al salir y. . . .

No puedo continuar la frase á causa del sacudón que da el brazo de María.

— Sí; verdad. . . He oído yo también. . .

— ¡Es que ha sido un grito!

— ¿Y bien? Será el lamento de la última estrofa del « Ranz des Vaches. » Una nota así. . . lanzada en la altura. . .

— ¿Pero el « Ranz des Vaches » á estas horas? ¡No! Yo no sigo. . .

Y me tira del brazo para arrastrarme hacia atrás ante la boca del túnel por que debemos pasar.

Con tono entre imperativo y cariñoso hago por tranquilizarla y nos lanzamos después en el interminable sepulcro, llevando siempre el oído atento, y envueltos por la más profunda tiniebla.

No se repite el gemido; pero, al salir del túnel, á la luz tamizada de la luna, una extraña sombra se adelanta hacia nosotros con tal rapidez que se me antoja un asalto. . .

Un grito se cuaja en mi garganta. El brazo de María suéltase estremecido atrozmente. La salvaje impresión la deja yerta; pero yo me arrebato con viveza, y ya voy á lanzarme sobre la sombra que se nos echa encima. . . cuando:

— ¡*Ste bain!* — dice al pasar de largo, muy de prisa junto á nosotros, el guarda de la carretera, acompañado como de un cascabeleo de mal agujero, del misterioso repiquetear de acero, causado por el són de las herramientas que no abandona jamás. . .

— Adie. . . u. . . — contesto al paisano pequeño, negro, ardiente: *der Kleine schwarze feurige*, como el del *lieder* de Goethe.

Después caminamos un largo rato silenciosos. Dejando á espaldas el túnel último del camino, vemos allá, en el limpión claro del mismo, donde la luna pinta como un charco de mercurio, la silueta negra y asustadora del hombre, que entra como un enorme murciélago en la boca obscura del Ver-torene-Lock.

María ríe ahora, y se me cuelga locuaz ya confiadamente del brazo. La vista del pueblecillo, en cuyas desiertas calles penetramos le ha vuelto el alma al cuerpo. Yo doy suelta á un chubasco de chascarrillos. Entretanto la luna, sobre el alto cielo ya del todo limpio, luce como extasiada y derrámanos encima su impalpable lluvia de pétalos de lirios, tal como si lo hiciera pensativa y discreta tan sólo para nosotros, únicos seres tal vez despiertos á tales horas y capaces de comprenderla y de seguirla con la mirada turbia de misticismo en su gran cruzada amorosa por la bóveda estrellada.

FRANCISCO SOTO Y CALVO.

À LA CIENCIA

I

Salve! guía del hombre, faro inmenso

De luz esplendorosa.

Permite que mi numen queme incienso

Ante el altar sagrado

Que á ti sólo, y por ti, divina diosa,

El hombre, pero el hombre que progresa,

Para su propia gloria ha levantado.

Él celebra los goces que tú brindas

Al que, alejado de vulgares lides,

Se eleva y engrandece su mirada,

Y con andar seguro

Afirma en el granito su pisada.

Al mortal que te alcanza, dignificas;

Porque en tu raudo vuelo,

Con lenguaje sublime, aunque sencillo,

Le muestras los misterios descifrados

Que en la región del cielo,
Sin ti, descubridora de los soles,
Estaban para el hombre sepultados.

Tú fuiste, sólo tú fuiste lumbrera
Al descender el hombre á las entrañas
Del rodante planeta que habitamos;

Mostrándole una era
Por cada fósil que á su paso hallaba
Y en cada roca que asomarse viera.

Yo te venero, ciencia; culto santo
En mi pecho te guardo, y en ti espero;
Te busco en los momentos de la prueba,

Cuando, atrevido y fuerte,
Lucho por descifrar ese misterio
Escondido por siempre tras la muerte.

Te llamo en mis deliquios, esperando
Merecer de tu omnimoda clemencia
Una sola mirada que levante

Mi lánguida existencia.
Si así fuera; si yo, siguiendo el paso
Que marcas en tu ruta interminable,

De lo que guardas abarcar pudiera
Una débil fracción, pero muy débil,
Mi júbilo inefable

Para cantarte á ti más débil fuera.

II

Envuelto en las tinieblas, ignorando
Lo que en su torno gira,

No teniendo noción ni de sí mismo,
Se ve al hombre en la tierra fabricando
Su mísera vivienda. Nada admira

Tal vez, en la naciente arquitectura;

Es rústico el trabajo,
No encuentra qué admirar; pero en los cielos,
En ese espacio que los soles pueblan,
¡Hay tanto en qué extasiarse!

¡Cuántas veces del hombre los anhelos

Se cifran solamente en las alturas,
Buscando con los ojos en el éter
Esperanzas de amor y de venturas!

¿Es acaso ilusión lo que él espera?

Del mortal en la mente soñadora

Se hospeda una esperanza redentora....

¿Será un sueño nomás, una quimera?

El hombre primitivo es un creyente,

Pero la base de su fe es un mito,

Un fetiche grosero y repugnante;

Es un dios que no tiene un atributo,

Y es su ambición bastarda, solamente,

La ambición sensual de cualquier bruto.

Imitando el rugido de la fiera,

Ó el hermoso gorjeo de las aves,

Las primeras raíces del lenguaje

Formula á su manera.

¿Cuánto tiempo vivió siempre salvaje

El hombre primitivo de las selvas

Tallando piedras y forjando el hierro

Para aguzar la lanza del combate?

El pensamiento humano,

Sin noticia cabal de esas edades,

Se abisma confundido ante ese arcano,

Formulando teorías que aun no tienen

La sanción general de las verdades.

Los evos con los evos se acumulan,

Y en el largo periodo sin historia,

Los hombres á los hombres se suceden

Sin dejar de sus huellas ni memoria.

Pero al sabio, incansable en su pesquisa,

Para hallar la verdad del aforismo

Del célebre *conócete á ti mismo*,

Nada lo atemoriza,

Ni siquiera un obstáculo lo arredra;

Ordena, clasifica y ve delante
Una edad y otra edad, la edad de piedra,
La del hierro y del bronce; y el gigante
De ese libro las páginas hojea,
Descifra los oscuros geroglíficos
Y formula las bases de una idea.

La calcárea estaláctica le anuncia
Las miriadas de siglos que han pasado
Desque el terreno á la morada humana

Servir pudo de cuna,
Y otro cuerpo de ciencia se pronuncia,
El *antropo* se encuentra disgregado

De un reino poderoso;
Y en el concierto de las ciencias todas
Es, por su objeto y por su fin, grandioso.

.....
Mas si el hombre, luchando sin fortuna,

Descubrir no ha podido su pasado,

Si la *duda* y la *fe* lo han abatido

Destrozando sus alas en el vuelo,

Caerá, si caerá mas no vencido,

Sino como el atleta que ha rendido

Sus fuerzas ante el peso de la mole

Que intentara mover ó que ha movido.

III

Se extendió por el cielo un manto obscuro....

El vago lumínar de las estrellas,

Aunque innumeras son, es impotente

Para calmar nuestro deseo ardiente

De ver cómo se esparce por los mares

El horizonte azul. Ver la floresta

Con sus pinos, sus cedros, sus palmares,

Las copas de sus árboles frondosos

Que, al tapizar de verde el blando suelo,

Airosas se levantan

Á confundirse en el azul del cielo;

Los dilatados llanos de la pampa,

Allí donde en las horas del ocaso

Se apodera del alma una tristeza,

Capaz de revelar un Sér supremo

Al mismo partidario del *acaso*;

Las áridas estepas de la Rusia,

Las fértiles praderas,

Las selvas, y los ríos, y los montes,

El matiz blanco-azul de las neveras,

Hasta el mismo desierto, la morada

Más triste de la Tierra;

El hielo de los polos, la encantada,

Feraz región alpina:

Todo anhelamos ver; en la enramada,

El plumaje del ave; en los jardines,

Los variados colores de las flores,

La gota temblorosa de rocío

Deslizarse y correr sobre la hoja,

Cual lágrima de amor santificado

Que la mejilla de la virgen moja.

Ver el fausto pasado, allí en las ruinas,

De templos, coliseos y ciudades,

Que hoy apenas levantan los cimientos

Y que dieron en épocas remotas

Su carácter y sello á esas edades.

.....

Es la noche sombría: nada vemos;

Todo es silencio, obscuridad tan sólo;

Mas reina la esperanza en nuestras almas;

Aguardamos con fe la luz del día

Que rompa de la noche el denso velo,

Que calme nuestro anhelo,

Nuestra triste, letal melancolía;

Y en un rayo de luz que resparezca

El encanto, el bullicio y la alegría.

.....

Allá por el Oriente se levanta
El *Helios* secular: despierta el mundo;
El ave lo saluda, porque canta;
Las flores se engalanan, porque esperan
Su beso matinal. Todo es contento
Aunque rudo combate nos aguarde:
Esa pugna no enerva el sentimiento,
Las horas no son tristes,
Porque un rayo de Sol nos presta aliento.

IV

También por el Oriente asoma un día

Que disipa otra noche más obscura,

Más larga y más sombría:

Es la noche en que el hombre ha vegetado

Sumido en la ignorancia,

Sin fe, sin esperanzas ni ambiciones,

Doblegado en la lucha por la vida

Y en la lucha también con las pasiones.

La Ciencia en el Oriente se ha anunciado

Como una vaga claridad de aurora,

Y el Egipto y la Grecia son su cuna.

Aunque débil la luz, es precursora

De un progreso sin fin que hoy apreciamos

En todas las esferas de la vida

Y en todos los combates que libramos.

Ahora escala los cielos, y escudriña

Las inmensas regiones siderales,

Calcula sus distancias, y halla leyes

Basadas en principios inmortales:

La audaz locomotora cruza el campo

Y silba bajo el túnel;

Sobre puentes de hierro colosales

Salva cauces y abismos y canales;

El hilo conductor del pensamiento

Para apreciar su marcha, encuentra grande

La fracción más pequeña del *momento*.

Ya es Franklin que arrebató el rayo al cielo:

Ó es Lesseps rompiendo continentes:

Es Edison grabando los sonidos

Para halagar así nuestros oídos,

Oyendo alborozados,

Al través de los tiempos, el acento

De seres adorados....

Y, si su eterna evolución es lenta,

El paso no detiene en su carrera:

La meta está distante,

Y el *catódico* rayo no es su término,

Sino el preludio de brillante era.

El progreso asombroso que la aguarda

Abisma el pensamiento

Y un rumor de infinitos nos marea;

Pero, en cambio, la fe que nos da aliento

Conquistará el triunfo de la idea.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

LIBIA

Dolores, marzo 24 de 1896.

Señor don Víctor Pérez Petit

Mi estimado señor:

Me honran Vds. altamente solicitando mi concurso literario para la interesante publicación que tan discretamente dirigen y forma uno de los más apreciados capítulos de mi lectura habitual.

Mi nota será ciertamente sin colores en ese grupo de inteligencias brillantes que desfilan

por las columnas de la REVISTA; y lo creo así fundado en dos razones de carácter completamente distinto: mi pobre bagaje literario, y la inclinación al naturalismo que se ha despertado entre los cultores de las letras en nuestro país.

Alguien ha dicho ocupándose de mi persona, que *me he quedado rezagado* en el desenvolvimiento literario que actualmente se opera entre nosotros, merced á la influencia de las modernas teorías.

Tal vez quien tal cosa dice tenga razón, mi estimado amigo, porque siempre he creído y sigo creyendo que el desiderátum de la literatura moderna es el realismo, y que dentro de lo real cada escritor puede elegir lo dramático, lo trágico, ó lo sentimental, pues de todo eso encontramos original para nuestras copias los que pretendemos traducir, en frases más ó menos felices, las múltiples luchas é impresiones que constituyen la vida humana.

Pero, tal vez sea por carácter, ó por propia idiosincrasia, ó por causas externas que me hayan inclinado así en mis primeros escarceos literarios, le confieso que no sé contar á mis lectores lo malo que veo y palpo; que huyo de las deformidades morales del hombre, buscando impresiones para mis narraciones en la faz de la vida que recibe más influjo del corazón que de la cabeza, de la imaginación que de los sentidos; y que así como estudio en Zola, Daudet, Valera, etc., goza más mi espíritu con Musset, Pierre Loti, Greville, y otros autores de esta índole, y que tengo la debilidad de hojear con frecuencia las páginas del idilio ingenuo é inocente de Jorge Isaac.

Esto será quedar rezagado, vivir pasado de moda, pero, ¿qué quiere V. que le haga si mi intelecto no da otra cosa?

Por lo demás, entiendo que á la REVISTA no le vendrá mal de cuando en cuando medios tonos, para hacer resaltar aun más la brillantez de las tintas soberbias con que pinceles, manejados con maestría, adornan sus columnas.

Acepto, pues, el puesto de colaborador que en tan buena compañía se me ofrece, y desde este pobre pueblo en que vejeto le enviaré algunas narraciones.

Empiezo mi colaboración con un capítulo de una novela que con el título de *Libia* tengo escrita hace tiempo, y cuya aparición anuncié al publicar mi último tomito de cuentos. La publicación de ese capítulo tiene su razón de ser.

El escritor don Nicolás Granada publica actualmente en el folletín de «La Razón» una novela con el mismo título. Será una puerilidad, pero le confieso que estoy encariñado con mi *Libia* (¡bueno fuera de otro modo siendo hija mía!), y me fastidiaría que al aparecer mi libro se supusiera que su título fuera un plagio.

Aprovecho esta oportunidad para saludar con todo aprecio á V. y sus dignos compañeros de tareas,

JOSÉ LUIS ANTUÑA (hijo).

CAPÍTULO IV

En una espaciosa habitación confortablemente alhajada, con esa sencillez de buen tono que á primera vista acusa la cultura social de sus moradores, encontramos un año después á Carlos y á Libia.

Aquel año había bastado para cambiar por completo la faz de los sucesos.

Libia era madre, pero aquel esfuerzo impuesto á su naturaleza extenuada había tenido fatales consecuencias para ella. Y su hija débil, enfermiza, con visibles rasgos del mal congénito que viciaba su organismo, vivía vida raquítica, y confiada al cuidado mercenario de una nodriza.

La enfermedad de Libia había llegado á un estado alarmante, á pesar de los cuidados prodigados y de los esfuerzos puestos en juego por su médico.

Vestida con un amplio peinador de franela blanca, bordado con seda de colores pálidos, paseaba Libia á lentos pasos, sostenida del brazo de Carlos que, con cariñoso cuidado, guiaba el andar inseguro de su mujer, haciéndola recorrer el dormitorio de un extremo á otro.

El brazo de Libia descansaba con laxitud en el de su marido, que acariciaba con mimosa delicadeza la mano blanca y descarnada que ella abandonaba entre las suyas.

Extremadamente delgada, pálida, extenuada, con sus grandes ojos escondidos en las órbitas profundas, con los labios descoloridos y los pómulos salientes, que hacían más oscuras las ojeras que sombreaban los ojos, aun así, se descubría en aquella cara los destellos de su antigua belleza, ya casi aniquilada.

Si profunda era la huella que el sufrimiento había impreso en Libia, suprema era la angustia que se retrataba en el semblante de Carlos, que observaba con ternísima mirada aquella mano sudorosa, fría, y de dedos finos y alargados, que parecía insensible á sus caricias.

La expresión del rostro de Libia no sólo demostraba los estragos del mal tan temido por ella, si que también reflejaba un dolor intenso, una preocupación dolorosa que hacía contraer sus facciones, y como si un fantasma odioso la persiguiese, á veces se arqueaban sus cejas y los labios eran oprimidos con rabia por sus dientes.

Largo rato continuaron en silencio, en un silencio rodeado de cierta solemnidad, que uno y otro empleaba en dar vuelo á ideas que se empeñaban en ocultarse mutuamente.

Por fin Carlos lo interrumpió invitando á Libia á sentarse, haciéndole ver que estaba fatigada. —¿Qué triste es esta vida! exclamó Libia apenas instalada entre los almohadones de su asiento. Siéntate á mi lado, continuó, aquí cerca... más cerca; ¡si vieras cómo en mi cuerpo enfermo circula un poco de vida cuando siente el calor del tuyo!

En tanto hablaba su mujer, Carlos se había sentado cerca de ella, en un pequeño confidente. La enferma atrajo la cabeza de su marido hasta hacerla descansar sobre sus faldas, y sus dedos jugueteaban con los enortijados cabellos de Carlos, que recibía enternecido aquellas caricias.

—Dime, ¿qué tienes? interrogó por último Carlos; te veo preocupada.

Libia se estremeció al oírlo, y su rostro, animado momentos antes de una extrema placidez, se contrajo nuevamente.

—¿Que tengo? me preguntas, dijo esforzándose por aparentar tranquilidad. Mi espíritu se turba, mi energía concluye, y ten-

go momentos de tristes presentimientos, y me falta el valor para buscar la causa de ellos.

La voz debilitada de Libia le exigía esfuerzos para hablar sin interrumpirse, y esos esfuerzos le producían accesos de fatiga que duraban largo rato.

—Libia! parece eso un reproche; ¿te ha dejado acaso sola mi cariño? preguntó Carlos con medroso acento.

—No; tú eres bueno, dijo la enferma, atrayendo la cabeza de su marido que besó con fruición. Pero ¿tengo tanto miedo, tanto, del porvenir!... ¿qué harás tú, joven, lleno de vida, codiciado, cuando yo muera?

—Exageras tu estado, replicó Carlos.

—No, no exagero; tú sabes que mi organismo va perdiendo su vitalidad, como hace ya mucho tiempo que mi cuerpo perdió aquella belleza que te ilusionaba en los éxtasis de tu pasión. Tu mujer te abandonará pronto; ya todo muere!... apenas se oye el eco de aquellos cánticos al amor naciente que recitabas en mi oído, y la estela de luz débil que ha iluminado tu espíritu en estos pocos meses de nuestra vida, desaparecerá tal vez deslumbrada por otra luz de reflejos más brillantes que puede encegueserte... no, no me interrumpas, dijo Libia viendo que Carlos intentaba hablarle; quiero que me oigas, tengo necesidad de hablar.

Y la enferma continuó largo rato, interrumpiéndose á veces por la fatiga y la tos, pero siempre con calma, como si quisiera que sus palabras penetrasen profundamente en la conciencia de Carlos. Ella estaba resignada, decía; no pudiendo ya vivificar con impresiones nuevas, ni caldear con el fuego de su cuerpo marchito y enfermo el amor ofrecido á su marido, hubiera quedado como único objeto á su vida, el trabajo de rehacer, con la consagración constante de sus afanes, la naturaleza enfermiza de su hija; y esa misión no podía cumplirla, porque la misma racha que había helado la sangre en sus venas, que había muerto las creaciones de su espíritu y entorpecido los latidos de su corazón, paralizaba sus miembros y quebraba su energía. Todo, todo era desolación en su vida! Pero no creas, añadió, que han muerto ya para mí las ilusiones, no, Carlos: tengo sed de tus caricias...

—Mis caricias no te han faltado nunca, Libia, interrumpió Carlos como obedeciendo á un impulso de su propia conciencia.

—No me han faltado; pero yo quiero grabar en tu alma estos gritos de la mía que pide amor cuando ya ve cercana la hora suprema.

—Exageras! exageras! exclamó Carlos con acento angustioso.

—No, no exagero; la realidad despierta mostrándome de nuevo los peligros que no escaparon á mi criterio, cuando me confesaste tu amor; pero en aquellos momentos aunque la crudeza de la verdad hablaba á mi razón, soñé que al menos me sería dado morir confiada, sin que el arrobamiento de mi espíritu fuera turbado por celos, ni la pureza de mi ideal manchada por dudas y temores. ¿Qué menos podía pedir esta po-

bre mujer, condenada á vivir muriendo, que esa elegía que me permitiese idealizar la vida en estos momentos en que nada perdería embriagándome con tu amor? Pero yo veo en sueños una visión maldita que amenaza enterrar en la misma fosa mi cuerpo, ya sin encantos ni calor, y mi corazón avaro de caricias! ¿Qué me importa que la vida aliente en mí todavía un mes, seis, diez, cuando una eternidad sería poca para saciar mis deseos? ¿qué me importa que me consagres toda la ternura de tu amor, si sé que he de morir antes que tú, que después... soy una insensata ¿verdad, Carlos? ¿qué te ofrezco yo, qué puede darte esta mujer casi moribunda, para asegurar ese ideal, creación de mi delirio?

—Libia ¡por piedad! gritó Carlos, escondiendo la cara entre sus manos.

Libia no contestó; aquella escena la excitó, pareció haber desgarrado los bordes de una llaga abierta, y ahogada por la fatiga, fué interrumpida en sus lamentaciones por un golpe de tos que amenazó asfixiarla, y que solo cesó cuando consiguió arranear de sus pulmones abundante pus sanguinolento, que, muda de terror mostró á su marido, como prueba irrefutable de sus temores.

Carlos se apresuró á hacerle guardar cama, y le hizo tomar una poción calmante prescrita para tales casos, con la que fué poco á poco tranquilizándose la enferma, quedando por último sumida en ese sueño característico de la morfina ó el opio.

Entonces Carlos se dejó caer con desaliento en una silla, y se entregó á profunda meditación.

Era cruel, desesperante, la lucha que aquel hombre sostenía.

Poco tiempo después de su casamiento había comprendido que Libia estaba irremisiblemente condenada á prematura muerte; quería sinceramente á su mujer, pero en su cariño era importante factor los goces de una existencia tranquila, rodeada de encantos para él desconocidos y de sensaciones siempre renovadas, que le prometían la belleza, el talento y las delicadas creaciones de la imaginación soñadora y ardiente de Libia, á quien se había sentido dispuesto á dedicar una completa consagración de todo su sér. Pero, hombre acostumbrado á la vida sin lucha, dominado por un carácter apático y por esa molición de los sentimientos propia de los que han sido objeto de sinterado y constante de cariñosas atenciones, comprendió pronto que su cariño por Libia le imponía desde luego un sacrificio de abnegación inmensa, pues presentía que iba á tener que cumplir la doble misión de enfermero de un cuerpo incurable y de alentador de un espíritu que decaía y que era tanto más difícil de levantar, teniendo en cuenta la clara inteligencia de su enferma. Sin embargo, incapaz de egoísmos indignos, y sintiendo aumentar su conmiseración para con aquella mujer, á medida que sus ilusiones se desvanecían arrastradas por el derrumbe de la belleza, la originalidad y los vivaces destellos del talento de Libia, se propuso cumplir con su deber de hombre, y aun sostener el culto ofrecido como amante.

Dispuesto al sacrificio, su corazón generoso y sus sentimientos nobles le habrían prestado la energía que su carácter le negaba; pero para ello le hubiera sido necesario consagrarse sin lucha, dejando morir la inclinación de sus sentimientos, acostumbrados durante una vida entera á ser el ídolo de culto amoroso, y no el ídola que sostiene el culto. Entregado á su destino, habría llenado su misión hasta el fin con la tranquila satisfacción y cariñoso desvelo que le inspiraba su amor por Libia; no le hubiera robado un solo latido de su corazón, ni un solo ideal de su imaginación.

Pero una mujer dotada de energía asombrosa puesta al servicio de un plan fríamente concertado y desarrollado con fina hipocresía, y que utilizaba para la realización de sus fines los encantos de una hermosura excitante y un conocimiento perfecto del corazón humano, desvió á Carlos del camino trazado, incendió en su corazón una hoguera, y quemó en ella diariamente perfumes embriagadores que trastornaban su cerebro, por más que hicieran estremecer su conciencia. Si se le hubiera ofrecido un amor fácil, lo habría rechazado con indignación; ni aun hubiera aceptado un amor confesado. Pero la renuncia que hizo del rol de marido mimado, de encarnación viva de los ideales de una mujer apasionada, que fué su sueño,—para dedicar sus ternezas y las primicias de su amor á la contemplación y el cuidado de Libia enferma,—dejaron huérfano su espíritu del halago que acarició al unir su vida á la mujer que creyó predestinada para ofrecerle un idilio que la fatalidad le robaba.

Y esa circunstancia fué hábilmente aprovechada. Se le rodeó de cuidados, de consideraciones, se tuvieron con él zalamerías veladas con el pretexto de afectuoso interés; ni una palabra que ofendiese el amor agonizante; ni una sola que anunciase amor naciente; ni una mirada robada; ni una libertad ofrecida. Pero pacientemente se fué llenando el vacío que por la fuerza de las cosas dejaba en la imaginación y en los sentidos la mujer propia, con promesas mudas que suavemente impregnaban todo su sér. ¿Qué lucha tenaz sostenía, por emanciparse de aquel hechizo á que se sentía encadenado!

Era cierto que todo aquello era aun informe; que ni una palabra ni un gesto habían denunciado sus impresiones; que no tenía cómplice en aquellas sensaciones, que convertían en un caos sus sentimientos, que tan pronto lo anonadaban como lo rebelaban furioso contra sí mismo; pero él no pretendió engañar su conciencia, y se espantaba por las consecuencias de aquella situación anormal de su espíritu que lo hacía reo de abominable delito, porque comprendía que debía cerrar los ojos, enervar los sentidos, paralizar el corazón, y arrancar de su cerebro enfermo aquellas alucinaciones que lo trastornaban.

No era la primera vez que Carlos se entregaba á estas amargas reflexiones, pero su resolución de reaccionar se quebraba con la sola presencia de Carmen. Siempre concluía por esperar de la casualidad un remedio para aquella situación insostenible,

y dirigía sus pensamientos á Libia, le consagraba horas enteras en su recuerdo, buscando así un escudo contra sí mismo, y de esta manera tranquilizaba un tanto su cabeza, torturada por ideas tan encontradas.

Pero esa tarde había oído de boca de Libia palabras que le causaban terror. Ella no sabía nada; mas guiada tal vez por esa clarividencia que da á un cerebro febriciente la avaricia de un corazón herido, parecía presentir el drama mudo, silencioso, que á su lado se desarrollaba.

Y ese temor le hacía perder el sentido y destrozaba sus fibras más delicadas.

Abstraído por completo, había perdido hasta la conciencia del lugar en que se encontraba.

Cuando volvió en sí, fué al contacto de una mano que tocó suavemente su hombro, y al oír una voz dulcísima que como un ritmo de murmurio cadencioso le decía casi al oído:—¡Pobre Carlos! siempre sufriendo!

Era Carmen.

Carlos se estremeció, se puso vivamente de pie, y sin contestar ni mirar siquiera á quien así se condolía de él, salió del dormitorio tambaleante, como si perdiera la cabeza.

JOSÉ LUIS ANTUÑA (HIJO.)

(Elzear.)

Sáficos

¿Qué dicha encierra la existencia humana
Que haga fácil la carga de la vida?
Con anheloso espíritu la busco,
Mas no la encuentro.

¿Por qué ansían los hombres que otros hombres
Vengan al mundo á compartir sus penas?
Casi es un crimen perpetuar la especie
Del sér humano.

Todos, en el transcurso de la vida,
Alguna vez desean no haber sido;
¿Y por qué traer al mundo al que maldice
De su existencia?

Si hubiera más virtudes y energías
Que legar á los hombres del mañana,
Una herencia más pura que dejarles,
Fuera sensato.

Pero siendo la vida una amalgama
De virtudes y vicios poderosos,
¿A qué aumentar de los humanos seres
La cifra enorme?

¿Por qué esa diferencia entre las clases
Y esa ambición de descollar insana,
Si á la madre común hemos de ir todos
A pesar nuestro?

¿Por qué esas raras leyes que á los hombres
Colman de libertades y licencias,
Mientras que á la mujer como antes tienen
Cual vil esclava?

—Por que el humano encarna el egoísmo,
Y cada uno para sí ambiciona,
Y es ley universal que el poderoso
Se imponga al débil!

ADELA CASTELL.

UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

[Continuación]

29 de Diciembre.

(En blanco)

30 de Diciembre.

(En blanco)

31 de Diciembre.

Y bien; heos aquí en el último día del año. Voy á dejar de lado esta terrible pereza que me domina hace dos días, para consagrar unas líneas á este pobre año que se va, que se marcha irremisiblemente,—pues aún no ha logrado el hombre hacer con el implacable tiempo lo que los empresarios con sus compañías de zarzuela, de ópera y similares: dar cuatrocientas funciones de despedida, cada una de ellas la última, y no acabar nunca de marcharse.

Nosotros sí que nos marchamos de la vida á paso redoblado, y, lo que es peor, sin saber de dónde hemos venido, qué es lo que queremos en este mundo y qué vamos á hacer en el otro. Treinta, cincuenta, noventa años, como máximo, nos debatimos como endemoniados sobre el escenario de la vida, haciendo piruetas ó frunciendo el ceño, riendo y llorando, arrastrados por el vendabal insolente de las pasiones, persiguiendo ensueños y esperanzas que, á la manera del horizonte visible, retroceden de continuo á medida que avanzamos, gastando nuestras fuerzas sin sospecharlo, ignorando la casi totalidad de las cosas y de los hechos que nos rodean,—inmensos sonámbulos del sueño del destino, que diría Víctor Hugo.

¡El Hombre! ¡Cuán miserable es su condición y cuán insignificante resulta así que se le compara con la Vida! Informe puñado de cieno, amasado con risas y lágrimas, dotado á par por las supremas leyes de la madre naturaleza con una chispa de fuego divino que se conserva entre las grisáceas cenizas del cerebro y con todos los instintos y pasiones de la bestia que arden en la sangre de sus venas, el Hombre,—el Rey de la Creación, como se ha llamado á sí mismo, por no desmentir su innata tontería y su ingénita fatuidad,—cruza las sendas tortuosas de la vida sugeto por el freno de hierro del determinismo y arrastrado hacia la tumba como esclavo miserable, impotente para romper la cadena que lo sujeta. ¡Imbécil! Créese libre, grande, poderoso, sabio y feliz, y no sospecha que sus acciones más insignificantes son regidas por motivos independientes de su voluntad, guiadas á veces por pasiones implacables, otras por el dedo traidor de la Fatalidad; como no sabe cuánta es su pequeñez y su nulo poderío, su ignorancia y su inenarrable desventura frente á ese colossal Gran Todo—el Universo—que le rodea, le ahoga, le aniquila, le mantiene en la categoría denigrante de átomo imperceptible, de esclavo de sus leyes supremas é inviolables!

Y esta partícula de polvo infinitesimal en el

espacio y en el tiempo, es lo que se llama el Rey de la Creación, y lucha y batalla por satisfacer sus pasiones, cumplir sus ideales, llenar un fin en la vida!

En el tiempo infinito é imperecedero, sin principio y sin fin, que amontona en montañas colosales sumas imposibles de siglos, el Hombre no es siquiera la millonésima parte de un segundo entre dos eternidades: es una nada, una no-entidad, un momento que se pierde en el abismo, sin ser contado ni advertido,—á la manera de esas estrellas que nuestros telescopios no han descubierto aún en la infinita profundidad del espacio y que sin embargo brillan ignoradas.

Y entretanto el Tiempo rueda implacable, rueda sin cesar, aniquilando las sociedades, las civilizaciones, las eras, las edades. Hoy, al volver nosotros la vista hacia el pasado, apenas advertimos aquellas humanidades poderosas y deslumbrantes que poblaron el Asia Menor:—estamos tan lejos de ellas que no conocemos los nombres más gloriosos que la ilustraron, y las hazañas y las obras que emprendieron,—y ese pasado, ¿qué es? Un segundo en medio del Tiempo infinito. Este seguirá rodando, y dentro de millares de siglos, otra humanidad nos verá á nosotros (si es que alcanza á vernos) como nosotros á los Caldeos ó la legendaria raza de los Aryos.

¿Qué descubrimientos, qué verdades, qué hechos grandiosos, qué hazañas inmensas no serán del dominio de las futuras humanidades? ¡Y nosotros no veremos tales bellezas, no encontraremos la cifra que resuelva los *porqués* que hoy martirizan nuestra inteligencia! ¡Nosotros pasaremos sin dejar nuestra huella en esta Tierra que hemos pisado cien veces, que hemos regado con el sudor de nuestra frente y con las lágrimas más amargas!

Siquiera fuéramos felices durante este brevísimo segundo que vivimos... Pero dolores sin cuento y penas inmensas é inenarrables nos torturan, los doblan, nos martirizan física y moralmente. Un minuto de alegría, una hora de risueñas esperanzas, ¡con cuántos años de miserias y de pesares los purgamos! ¡Qué cúmulo horroroso de cuidados no asaltan al pobre viajero de la Vida! ¡Todo en ella le es enemigo, todo le abisma, todo tiende á destruirle! Su propia constitución le traiciona y todos los microbios de todas las más terribles enfermedades están adheridos á su organismo. Después, es el medio ambiente el que le agobia y le rinde, ó bien la insalvable y fatal lucha por la existencia. Y como si todo esto no fuera suficiente, el Genio del Dolor va á perseguirle aún por los dominios del mundo moral... El Pensamiento—lo único grande que posee el hombre; su dón más inmaterial—vese asaltado por aquel enemigo formidable y doblegado sin piedad... ¿Para qué vivimos, Dios mío?

¿Cumplimos un fin? ¿Somos, acaso, y aún dentro de nuestra insignificancia, indispensables para la marcha regular del Universo? ¿Sin sospecharlo, llenamos, para el Gran Todo, la función de alguno de esos pelillos ó de esas ruedas microscópicas necesarios para el funcionamiento regular de las grandes máquinas? ¿No tendremos entidad propia? ¿Seremos una cosa, nada más, en el espacio y en el tiempo?

Tal vez ni esto seamos aún. Tal vez, rodando los siglos, después de largas é interminables sucesiones de humanidades que agoten todos

los conocimientos y esfuerzos llevando las ideas y las ciencias hasta un límite que no nos es dado sospechar ahora, vendrá lentamente la muerte de nuestro globo—agotado el calor solar; extinguido el fuego central de nuestro planeta, si es que lo hay,—y entonces termine la Vida y se extienda sobre todos los frutos de nuestros afanes, de nuestra inteligencia, la negra sombra de la Nada y del Olvido... ¿Para qué, entonces, habrán existido los Platón, los Priestley, los Copérnico, los Darwin, los Colón, los Anibal, los Dante, los Pasteur, los Edison y todos los grandes pensamientos que materializaron esa abstracción llamada Progreso?

¿Para qué me martirizo yo mismo, en este instante, tratando de resolver el espantoso enigma de la Vida?

¿Para qué tengo corazón, para qué tengo pensamiento, si ambos no me procuran más que dolores insufribles y dudas sombrías y avasalladoras? ¿Y para qué vivo esta existencia miserable, preñada de sufrimientos, de privaciones, de luchas, de mentiras, de desengaños, de amarga é insufrible hiel? ¿Qué puedo esperar yo de la vida, si ahora que soy todavía joven me siento sin sangre en mis arterias y sin luz en mi cerebro; si el dolor y el desaliento que me han acompañado desde mi niñez se aferran más y más á mi sér, ofreciéndome no abandonarme en los días que me restan de vida? ¿Conservo, acaso, alguna esperanza? ¿Alientan, aún, en mí esos ensueños que endulzan, engañándola, la existencia?

No tengo nada. El vacío está dentro de mí. Mi pensamiento es la primera causa de mi negra melancolía y de mi terrible desventura. Con esta manía que me obsesiona, que me subyuga, que no puedo abandonar, de investigar la razón y los motivos de los hechos y acciones más insignificantes de la vida y de los hombres, hágame más y más desgraciado. Todo lo veo negro, tétrico, repelente. Las causas generadoras de los que debieran ser los más puros sentimientos y los afectos más nobles, resultan, ante mi análisis, infames, arteras, miserables, criminales. Dudo de la amistad, del amor, de la virtud, de la honradez, de la gloria... ¡Dios mío! ¿de qué no dudaré yo?... Hasta dudo de este Sér que he invocado irreflexivamente, por costumbre, porque venía bien para llevar la ilación del párrafo que escribía. Sí; no creo en Dios... No lo he encontrado... No lo concibe mi inteligencia; no lo presiente siquiera...

Todo es lodo, lodo, lodo... Y sin embargo... ¿Soy yo lodo? Yo podría ser bueno; yo sabría cumplir con la amistad; yo sentiría un amor puro y desinteresado. Yo no soy malo; en mi pecho hay albergue para los derrotados en la vida, para los que sufren, para los que lloran... Yo lo siento; yo compartiría el dolor ajeno; yo consolaría al desvalido; yo quisiera enseñar al mundo que quiero ejercer la caridad. Descreído y desgraciado, yo no cierro los ojos al que trate de hacerme creer, ni cerraría los brazos á mis hermanos en desventura. Yo no quisiera odiar... tal vez, yo no tenga odio... Si vinieran á mí los que me han hecho daño... creo... me parece que me sentiría feliz con perdonarles... Pero...

No; el mundo es malo; el mundo es miserable; el mundo es un estercolero: todo es lodo, lodo, lodo... ¿Qué he hecho yo en la vida? ¿Soy bueno, acaso, como quería demostrármelo á mí mismo, ahora poco? ¿He hecho el bien? ¿Es que

no he podido? Sí; en mi mano ha estado más de una vez el realizarlo, y sin embargo no lo he hecho.... Luego, soy malo,—menos malo que otros hombres,—pero malo al fin y á la postre.... Lodo, nada más que lodo....

Por otra parte, ¿para qué buscar el bien? El bien no puede existir en la tierra mientras se rija por las leyes, naturales y humanas, que hoy la gobiernan. Lo demás es música celestial. Los hombres marchamos los unos al lado de los otros sin distinguírnos, sin conocernos: somos unos animales esencialmente egoístas. Si acaso nos tratamos, no es por altruismo: es, únicamente, en vista de una utilidad propia. Y en cuanto á la relación de los sexos.... es el alma de la raza, la sangre de la especie, el grito de todas las generaciones pasadas quien arrastra, para reunirlos, al macho y á la hembra: nada más. ¡Hacer la vida! ¡Satisfacer los instintos de la bestia, como lo hicieron nuestros antecesores, como lo harán nuestros hijos mañana. Así como aullábamos en las arterias de nuestros padres para que se unieran y nos dieran vida, envoltura material,—así nuestros futuros descendientes nos están enardeciendo la sangre para que les arrojemos al exterior.... Nosotros no lo sabemos, no lo sospechamos siquiera: el hombre es imbecil aún antes de nacer.

(Continuará)

EL

Á mi amigo el Br. Francisco Lacoste.

La historia, tumba de los genios muertos,
Guarda entre aureolas de fulgor un nombre,
Al cual el cielo le entreabrió sus brazos,
Y al cual le abrió su corazón el hombre:
Es el de un niño que, en humilde cuna,
Nació en medio de cánticos de amores,
Como la blanca luna

Que surge de un sombreado firmamento,
Cuando cantan los dulces ruisenores,
Contestando á las músicas del viento.

Fué en una noche, de esas noches bellas
En que vagan las brisas armoniosas
Y los besos de luz de las estrellas
Palpitan en los labios de las rosas,
Cuando una madre, para hacerle un nido
Al ave de sus sueños realizados,
Le pedía las nubes más brillantes
Á los días de galas orientales;
Á la aurora sus tules de colores;
Á las ondas corales;
Astros al cielo y á la tierra flores
Y el niño sonreía, cual sonríen
Las vírgenes al alma de Julieta;
Cual le sonríe al esplendor del día
La cándida violeta.

II

Los años, como oleadas fulgurantes,
Cruzaban por el mar de su existencia,
Y el niño, transformado ya en un hombre,
Le habló á los pueblos con la voz augusta
Con que le habla á las almas la conciencia!
Y ora su acento era una brisa suave
De mágica armonía,
Como el gorjeo seductor de un ave,
Como esas auras que al nacer el día
Dan un brillo de soles, cuando esparcen

Las perlas del rocío,
Á las corolas á la luz abiertas,
Y hasta dan un relámpago de vida
Á las corolas de las flores muertas;
Ó bien, tornado en maldición, cual grito
Envuelto en resplandores de centellas,
Como el tronido del volcán que arroja
Sus vómitos de fuego al infinito,
Como Jerseys magníficos de estrellas,
Anunciaba á los pueblos, aterrados

La cólera del cielo.

Y los pueblos gemían espantados,
Y los pueblos caían de rodillas,
Como cae gimiendo contra el suelo
Cuando el pampero su furor desata,
El ombú que se yergue en las cuchillas.

La traición, esa sierpe monstruosa
Que anida en medio de las horas negras,
Hija de Jama y adorada esposa
De todo impío corazón humano,
Á ese hombre un día le besó la frente,
Y el genio soberano,
El pensador profundo,
Murió enclavado en una cruz judaica,
Víctima triste de su amor al mundo!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

CARICIA PÓSTUMA

Á mi amigo Alejandro Piovene.

En la falda de dos cerros que vigilan
constantemente un valle delicioso y como
descansando en sus faldas, medio ocultas
entre las rocas violáceas y azuladas, se destaca tímidamente la silueta singular de dos ranchos, con sus paredes negras de cuadrado terrón y sus diédricos techos de filosa paja brava.

Nada más poético y soberanamente hermoso que aquellas dos campestres habitaciones, para las cuales reserva el sol sus primeras matutinales caricias cuando todo duerme aún, sepultado en las tinieblas nocturnas. Allí se despierta la vida que baja después á los valles envueltos todavía en las brumas húmedas de la madrugada, junto con la blanca luz solar que se desliza lentamente por la cuesta de los cerros hasta bañar las fértiles planicies extendidas á sus pies. Allí empiezan las aves de matizado plumaje el concierto que interrumpe el silencio imponente de las noches, cuando cada gota de rocío es una perla que descansa en el muelle regazo de cada brizna de hierba. Todo es reposo y silencio al pie de los cerros, y ya en sus cumbres se estremece la vida y se despierta el ruido. Los caballos de la tropilla, extraviados en la noche, relinchan poderosamente al sentir el toque del cercero que la yegua madrina lleva colgado del pescuezo y rompen después á correr hasta incorporarse á la cuadrilla. Al choque de sus cascos la tierra deja escapar sonidos sin timbre ni color, apagados como golpe de tambor de funerala.

El toro de robusto cuello y torvo ceño, muge y escarba convidando á la pelea, laminiendo con fruición sus respingadas narices, mientras el zorro de pelaje gris, camino de su cueva, pone fin á sus correrías de la no-

che con agudos y repetidos aullidos. Ladra el perro, chirría la lechuza batiendo sus alas en un mismo punto, y el aire puro y fresco bate juguetón las hojas del espinillo y el molle, á la hora en que el sol pone fajas de blanca luz en el flotante vapor de la mañana y en el horizonte gasas rosadas y amarillas, para vestir la aurora.

Pero el sol empieza á ascender, y á medida que se aleja de sus nocturnos antros, el fuego de sus rayos, hasta entonces amortiguado en el seno de las nieblas, renace valientemente y en los valles se enciende la vida y en las cumbres la tierra y las rocas que reverberan torrentes de luz. Se repiten en el llano las escenas despertadas en las cimas, y las sombras de los objetos allí imperceptibles, aquí se agrandan primero, y se encogen después, proyectando sobre el suelo la silueta caprichosa de las rocas y los árboles, extendidas como un manto obscuro á sus pies. Las sombras de la «cepa caballo» y el «espinillo» parecen una tribu de negras tarántulas y feos escorpiones que se mueven, se agitan y entrechocan cuando el más leve soplo de viento estremece sus flexibles tallos. Al medio día la luz es copiosa y el aire fuego incoloro que camina; las sombras encogidas parecen querer ocultarse debajo de los objetos y los animales á quienes el calor mortifica buscan los barrancos, los acantilados perpendiculares, las grandes rocas ó los árboles sombríos y se pasan allí, reunidos en pequeños grupos, largas y pesadas horas, agitando la cola para espantar la sabbandija. Los vacunos rumian abriendo la boca acompasadamente y las ovejas formadas en círculo se resguardan del sol colocando las cabezas en el espacio de sombra que proyectan sus cuerpos. Algunas que han quedado mal colocadas pasan ligeramente de unos grupos á otros, barriendo el suelo con las narices. Á esa hora sólo se oye como un eco perdido en aquellas solitarias regiones el canto del teru-tero que anuncia la llegada de alguna res sedienta á la cañada. Pero luego que empieza el sol á declinar, la luz que en la mañana descendió por las cuestas para bañar los valles inicia su poético ascenso, seguida por las sombras que le disputan su imperio, hasta no quedar más que un blanco reflejo en las cimas, como un ósculo cariñoso que allí depositara el sol para despedirse de la tierra.

Música de hondos balidos que pueblan el espacio de melancólicas notas, se dejan escuchar entonces, y á su compás el ganado vacuno en numerosos grupos seccionado va con rumbos diversos buscando sus paraderos. Los postes de los alambrados y los troncos de los árboles, los caminos, las faldas estériles de los cerros, la resaca acostada al borde de la cañadas y las rocas adquieren un marcado tinte violeta, que es el color crepuscular.

Sólo los «flechilloles» se mantienen rubios cuando la niebla azul como el humo de la leña seca va envolviendo los oteros lejanos, las lomas que se besan con el cielo y los picachos que se pierden en el infinito.

Bajo el techo de aquellos dos ranchos, en el agreste y paradisíaco lugar que describimos, vivían felices, del mundo ignora-

dos, en uno la rubia Feliciano con su madre, en el otro el paisano Elías, la morocha Petrona, su prima huérfana, y la viejecita Elisa, madre de aquél. Feliciano, la rubia angelical, la que llevaba el color de la flechilla en sus cabellos, y Elías, el guapo mozo que guardaba en la punta de su facón el secreto de su decir insolente, se querían, se querían mucho. Ellos se lo habían dicho muchas veces sellando con besos voluptuosos sus tieras declaraciones, y los mozos y las mozas de aquel pago que envidiaban su dicha lo repetían en las cocinas y lo cuchicheaban en los bailes.

Feliciano estaba orgullosa de aquel paisano que sólo hablaba suave y dulcemente cuando á ella se dirigía; que era aplaudido en las «yerras», donde nunca le hacía dos tiros de lazo á un mismo toro; y que cuando templaba la guitarra para cantar, ponía una mordaza en cada boca y una pléyade de suspiros en cada pecho.

—¿Es verdad, Petrona, que ayer Elías en la Estancia de la «Piedra Sola» montó tres potros de «lomo encebao» y no dejó apagar el cigarro mientras bellaqueaban? Dicen que los peones de la estancia aseguraban que era más jinete que los pelos del lomo,—y al ver que sus piernas no temblaban después de una «jinetada» en la que tuvo tiempo de olvidarse hasta del apellido, y que su respiración era serena y perezosa como siempre, le preguntaban «admiraos» si cuando chico la madre le había dado á tomar mucha agua de la raíz del coronilla, que da fuerzas y ahuyenta la fatiga.

Elías estaba encantado de aquella paisanita que despertaba la admiración en los bailes y se ofrecía á él en el lenguaje mudo de una sonrisa arrebatadora.

—Quisiera ser horquilla para ir prendido toda mi vida en esa madeja de pelos rubios. . . .

—Y yo, los dientes de esa boca para morder esos labios donde viven «entropillaos» los desdenes.

—Haría una apuesta á que me han confundido Vds. con un porrón de ginebra.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Pucha!, si tiene una lengua que es como espina de coronilla.

Le gustaba verla por la mañana hacer el queso, mientras él, sentado muy cerca, tomaba mate. Con el cuerpo graciosamente inclinado tomaba la cuajada del balde, la exprimía con las dos manos un momento hasta hacerla soltar el suero amarillento y convertida en una masa blanca y compacta con reflejos de cristal, la depositaba en la quesera. Allí la triturbaba bien con las manos hasta que no quedara una sola gota de líquido; la masa se separaba merced á esta paciente manifestación en pequeños gránulos de color lechoso, de incoherencia suma, y el suero, deslizándose suavemente por la tabla del inclinado banquillo, producía al caer en el balde una sucesión de sonidos metálicos, de raro timbre y uniforme tono.

—No puedo tomar mate ahora, porque lo voy á manchar con las manos.

—Te lo daré yo; y el paisano, de pie á su lado, tenía el mate que ella sorbía con las manos puestas en el aro de hacer el queso, arqueado el cuerpo, en una actitud tentadora. Y tomaba otra vez la cuajada del balde

y otra vez la apretaba entre sus manos morenas, pero pequeñas y finas para colocarla en la quesera, escuchando feliz y sonriente la conversación inteligente del paisano, que aprovechaba las ocasiones para dirigirle galanterías que surgían espontáneas de sus labios, vestidas con el lenguaje de una oratoria selvática y caprichosa.

—Hay un punto de tu cuerpo, que es blanco, más blanco que ese pedazo de «cuajada» que se deshace entre tus dedos, decía el paisano.

—¿Cuál? respondió ella.

—Más abajo de la barba. . . más abajo de ese lunar negro que está pidiendo un beso en tu garganta. . . del cuello del vestido «dejándose caer un poco»; . . aquí; y con perdonable atrevimiento tocaba el blanco nacimiento de sus senos, cuidadosamente ocultos bajo la sencilla bata de zaraza.

—¡Chist! ¡cuidado con las manos! pero embriagada con el misterioso placer del delito otorgaba generoso perdón al delincuente.

—Vaya, al fin he concluido de hacer el queso; . . y colocaba encima del aro que aprisionaba la caseína una tabla circular que había sido fondo de barril, y arriba de esa tabla una pesada piedra, que Elías le ayudaba á levantar, dejando con esto terminadas sus tareas de la mañana.

JOSÉ IRURETA GOYENA.

[Continuará]

RIMAS

Pasan ante mi vista fatigada,
Impalpables, los fúnebres espectros,
Cual pavoroso grupo que surgiera
De la región del sueño.

Trabo con ellos desigual combate,
Para ahuyentar las sombras maldecidas;
Y al terminar la cruenta lucha siento
Destrozada mi vida.

Llena los aires un rumor siniestro,
Mezcla de voces, llantos y gemidos;
Soplo fatal sin compasión sacude
El corazón herido.

Misera luz que tétrica agoniza,
Y al través de una niebla se vislumbra,
Semeja con sus tímidos reflejos
La antorcha de una tumba.

JOSÉ SALGADO.

19 DE ABRIL

Los grandes acontecimientos patrios, como las grandes acciones morales, se hallan rodeados de una aureola luminosa, que los agiganta á medida que las generaciones se suceden y que el juicio imparcial de la historia se abre paso á través de los años.

El 19 de abril rememora una de las fechas más significativas de nuestros fastos nacionales. El sol de ese día iluminó con

refulgentes rayos la frente de aquellos nobles patricios que batallaron incansables por darnos libertad é independencia. Iluminó con luz intensa á aquellas figuras venerables que en abierta lucha contra enemigos cien veces más poderosos supieron derrotarlos en homéricos combates, sin más unidad que el pensamiento y sin mayores medios de defensa y ataque. Iluminó con cascadas de oro la cruzada más arriesgada que han contemplado los tiempos, cruzada que llevaba por insignia el pabellón hermoso de la patria, celeste, blanco y rojo, cuyos pliegues cobijaban con cariño los pechos espartanos de los bravos que deseaban la libertad ó la muerte.

El genio de la patria dormía envuelto entre las sombras grises del crepúsculo.

De pronto despertó conmovido, sacudió su cabeza soberana, extendió la vista hacia el horizonte y meditó en lo porvenir.

La espada de Lavalleja surgió entonces cual antorcha feliz en medio de noche tenebrosa, señalando de lejos las fronteras del terruño mancillado por la planta del invasor innúmero y soberbio.

El Uruguay arrulla los sueños del héroe, le habla de promesas de mejores días, le ofrece serenas y cristalinas aguas que surcar.

El guerrero cede. . . . y el Arenal Grande fué mudo testigo del noble arrojo y valor incontrastable de los bravos que nunca sintieron vacilar su corazón.

Más tarde los memorables campos del Sarandí son regados con la sangre generosa de los patriotas que fertilizan así el suelo del pago y hacen germinar en él el árbol de la libertad. Desde entonces quedó consolidada para siempre la independencia nacional.

¡Loor eterno á los augustos manes de los héroes de la homérica cruzada!

SARA JULIETA ARLAS.

Conferencia sobre la neutralidad

I

Indudablemente que la neutralidad, por sus hermosas perfecciones de suprema armonía internacional, por la esencia pura de su significado de paz, de acercamiento y de confraternidad, es la parte más atrayente del derecho público, en lo que éste se refiere á las relaciones de los Estados.

En ese principio jurídico adelantado se encierra no sólo la fórmula perfecta de los grandes progresos contemporáneos y de las ennoblecedoras conquistas del espíritu inquieto de los hombres en su infinito afán de tocar el cielo, sino que su concepto concienzudo es la mejor y más expresiva síntesis de los inmensos triunfos obtenidos por las sociedades, regeneradas en su moral y en sus justicieros afanes. Hablar de las intervenciones es recordar implícitamente ataques más ó menos arbitrarios, más ó menos desconcertados, dirigidos contra la autonomía política de las naciones. Mencionar el origen y desarrollo de la propiedad internacional es sinónimo de usur-

paciones indispensables, debemos confesarlo; pero siempre ingratas, si apreciamos tales despojos a la luz esclarecida de la equidad. Estudiar la guerra, esa gangrena social que, como las enfermedades venéreas siembra falsas lozanías externas, es tocar una llaga dolorosa y difícil de extirpar; es evocar la memoria odiosa de bárbaros fanatismos, de matanzas sin cuartel, de embanderamientos inconscientes, de malditos fratricidios y estériles hecatombes: es golpear en el hombro a la imagen de la muerte.

¿Provoca a la inteligencia reminiscencias deprimentes el asunto que sirve de nudo a este mal esbozo de conferencia? No: nuestro tema habla de halagadoras concordias universales, de paz y amistad, de laureles tranquilos fecundados en la atrayente palestra del trabajo remunerador, del derecho siempre victorioso en los dominios de la idea, también vencedor en las contingencias rígidas y sensatas de las prácticas actuales, de la fuerza bruta cediendo la prioridad a espléndidos anhelos morales. Analizar el carácter del concepto de neutralidad es encauzarse en la ruta luminosa del porvenir. Decir neutralidad es mentar el epílogo hermoso y educativo de la perfección de los pueblos en lo que se refiere a la jurisprudencia internacional. Por eso, los términos que llevan a la definición de aquel principio los encontramos en las instituciones, en las costumbres, en la historia entera de la humanidad. Por eso, indagando sus orígenes, su desarrollo y mejoramiento paulatino hasta nuestros días, nos rendiremos exacta cuenta de su significado e importancia.

¿Conociase el concepto de neutralidad en los tiempos antiguos? Si admitimos como algo notoriamente verdadero que el sentimiento de lo justo, de lo bueno, de lo equitativo aparece más o menos resaltante, más o menos purificado en todas las manifestaciones sociales entre los hombres, por elementales y toscas que ellas sean, debemos aceptar sin mayor discusión, que tal principio tiene abolengo pálido, pero clásico, en los pueblos adelantados de la antigüedad.

Los prolegómenos de su carrera evolutiva arrancan de la Grecia heroica y se acentúan ligeramente en la época de indecibles decadencias que precedió a la caída estrepitosa del Imperio Romano. Pero, meditando bien, la admirable disciplina del criterio científico moderno, que estudia solícito los característicos y rugosos tegumentos de la semilla para llegar subiendo peldaños de progreso y adelanto casi imperceptibles a quien no tiene el hábito preciso de estos sondeos retrospectivos, puede hacernos reconocer en aquellos solemnes respetos, hijos del fanatismo religioso, que se guardaban en la península helénica para el templo sagrado de Delfos, la ascendencia, muy deslustrada por cierto, del concepto internacional tan pregonado en la actualidad.

Por otra parte, hasta estas laboriosas investigaciones que, aun hechas en brillante compañía de sabios con irrecusables títulos de preparación, resultarían abrumadoras para mí e indigestas para vosotros, tomadas en conjunto, en forma de simple diagrama histórico, nos dicen que esos simulacros de inviolabilidad son incoherentes y oscuros

como la época primitiva que los incubó; que los pruritos de dominio continental sustentados por la nación del Tíber alejan o desvanecen todo rastro de tolerancia internacional, pues como algún erudito lo ha declarado con exactitud: *«Roma sólo buscaba enemigos para combatir y aliados para engrosar sus ejércitos arrasadores»*.

Sí; ese juicioso y conciso viaje imaginativo nos recuerda escenas caprichosas, de inmensa barbarie, espectáculos degradantes, las claridades temblorosas, las primeras palpitaciones jurídicas ahogadas en sus orígenes por las maldecidas elocuencias del hecho pesando fatalmente en la orientación de los destinos universales. Porque ya germinaba vigorosa la raza horrible de los tiranos; porque todavía los horizontes del mundo pasional no se habían dilatado bastante para abrir ruta a la estirpe redentora de los Guttenberg, de Voltaire, bendito epiléptico de una centuria inmortal, y de aquel otro Vergniaud. Es casi inconducente buscar huella profunda a los grandes principios políticos y morales consagrados al presente en las páginas borrosas de una juventud internacional desordenadísima.

Descartada, por extraña a nuestro asunto, la apreciación de la pujante influencia asignable a la Iglesia en estas elaboraciones concomitantes, es el caso de preguntarse: ¿contribuyó la Santa Sede, en alguna forma, al desarrollo y mejor entendimiento de la idea neutral? Indudablemente que sí. Su ingerencia formidable y acatada en manejos públicos completamente ajenos a las exigencias del ministerio religioso, su quimérica ambición de concentrar las riendas gubernativas de los Estados en las manos resueltas de los hijos de San Pedro, sólo encargados por los cánones de enfrenar conciencias, lo que no es poco, anheló éste que reproducía las aspiraciones al dominio universal sustentadas antes por Roma e imitadas posteriormente por el favorecido de Carlos V, eran obstáculo, y obstáculo serio, a la armonía internacional, verdadero cimiento sobre que reposa esa rama autónoma del derecho público.

Sin embargo, esa intervención de colorido eterno en las cuestiones temporales, hoy tan condenada y condenable, beneficiaba, lo repito, si concretamos tal crítica al concepto de neutralidad. Las «treguas de Dios», el derecho de asilo, las declaraciones que motejaban de impías las guerras cuando se hacía uso de armas muy crueles, la abolición, hasta donde fue posible, de las luchas encarnizadas y de las campañas devastadoras, todo el honor que arranca de estas importantes reformas debe guiarlo la historia imparcial a favor del alto clero católico de aquellas épocas tan defectuosas. Esas marcadas manifestaciones de propaganda humanitaria merecen calificarse de primitivos ensayos de neutralización.

Abrazada en conjunto la edad medioeval, nada agrega, y quizá algo quita, a esta marcha progresiva del principio de neutralidad. Durante ese negro período se ejerció en todos sentidos una insoportable tiranía. Entonces hubo pesada coyunda para los hombres; castigo inquisitorial para los espíritus más moderados; abdicación de los

pueblos independientes de su carácter de tales. Se señala aquel como un momento angustioso para el mundo: era el tránsito obligado de la adolescencia a la pubertad, que se caracterizó, como en el individuo, por ligerezas de todo género, aunque auspiciosas, pues eran el precedente de consoladoras rehabilitaciones.

LUIS ALBERTO DE HERRERA.

(Continuará.)

De las personas en Derecho Internacional

FEDERACIONES Y CONFEDERACIONES

(Continuación)

Se debe procurar que harmonicen las cláusulas de un Estado anexado con las de la potencia absorbente, cuando su mutua existencia sea incompatible; pero si las estipulaciones pueden seguir subsistiendo, no existe razón alguna para desconocer obligaciones adquiridas legalmente por otros Estados en época anterior.

Vattel admite la división de los tratados en reales y personales. Partiendo de esta base, es indudable que un cambio fundamental en la manera de ser de un Estado podrá anular los tratados reales, así como los personales concluyen por la muerte de los contratantes. La obligación que resulta de los tratados se funda sobre el contrato mismo y sobre las relaciones mutuas de los contratantes. Desde el momento, pues, en que estas relaciones concluyan, cesarán también los efectos del tratado. Sin embargo, hay casos en los que, cambiando fundamentalmente la manera de ser de un Estado, se deben conservar y cumplir las antiguas obligaciones, y para estos casos es indispensable conocer bien la naturaleza de este cambio y su verdadera y legítima significación.

Veamos los efectos de las uniones y separaciones de los Estados sobre el pago de la deuda pública y con especialidad de la local.

Un pueblo libre, dice Grotius, que haya cambiado su forma de gobierno, no se eximirá por esto del pago de sus deudas anteriores.

Siendo el pueblo el mismo, antes y después del cambio, claro es que las deudas públicas contraídas por agentes autorizados de la nación, forzosamente tienen que ser reconocidas por el nuevo gobierno.

Pero cuando se efectúan cambios fundamentales en los Estados, como serían las uniones o separaciones, es un caso muy distinto; porque las deudas públicas, es decir, las de interés general para el cedente, se transmiten, según enseñan los autores, arregladas a tratados especiales, estableciendo de este modo justa proporcionalidad entre el cedente y el cesionario.

En cuanto a las locales, son obligaciones reales adheridas al territorio, de manera que separándose una provincia, el gobierno del cual se separa queda libre, mientras

que el gobierno al cual se une ese nuevo pedazo de tierra, queda responsable de su cumplimiento.

Ahora, con respecto á los bienes de uso público, hay que hacer un distinguo. Si esos bienes nacionales fuesen construídos en beneficio de todo el país, como penitenciarías, manicomios, etc., entonces es necesario dar al Estado que se priva de ellos una indemnización, relacionada con la pérdida que sufre. Si son bienes de exclusivo uso del territorio desmembrado, sigue adherido á él, por ejemplo: Iglesias, Asilos, etc.

Los bienes comunes se podrán dividir, según Bluntschli, en proporción al número de habitantes, y según Fiore como la deuda pública.

Si en lugar de ser anexiones son desmembraciones las que se efectúan, para el pueblo recién nacido, no tienen influencia ninguna los tratados antiguos. ¿Qué obligaciones nos hemos impuesto nosotros, por ejemplo, para cumplir las cláusulas de los tratados celebrados entre España y otras potencias europeas? Ninguna. Hemos roto, con los lazos que á ella nos unía, por la independencia, y son nulos con respecto á nosotros los convenios celebrados por una potencia á la cual ya no pertenecemos.

Pero si una nación se divide en varias independientes, todas ó alguna debe cumplir los compromisos contraídos. Desde que la división se ha realizado, dice Calvo, el Estado cesa de ser lo que era antes; su soberanía se ha fraccionado como su individualidad y su carácter; en otros términos, el centro común que le servía de órgano y de representante exterior ya no existe. La consecuencia lógica de estos principios que han recibido la consagración del derecho convencional y de un gran número de sentencias judiciales, es que las obligaciones que pesaban sobre el antiguo Estado se transfieren, á menos de estipulaciones contrarias, á los Estados nuevos. Según Kant, cuando un Estado se divide en dos, sin establecer por disposiciones especiales el reparto de sus obligaciones, la carga se debe soportar por partes iguales.

Sin embargo, Bluntschli, Fiore, Halleck y el mismo Calvo, sostienen que si la división es de tal naturaleza que ninguno de los nuevos Estados pueda considerarse como continuación del anterior, es de estricta justicia que no cargen con gravámenes ni beneficios nacidos de un contrato celebrado por un Estado que murió sin sucesión.

Es evidente que un Estado al cual se haya unido un trozo de otro, modifica sus fronteras, extendiéndolas, hasta los límites del nuevo territorio. En este caso, me parece que se deberían ratificar los límites, porque, como dice Fiore, nunca deberán considerarse excesivas la exactitud, precisión y claridad en esta clase de operaciones.

DE LA IDENTIDAD DE LAS NACIONALIDADES

Las ideas modernas han hecho prevalecer como el ideal de los pueblos la democracia.

Pero esos mismos pueblos, sintiéndose impotentes para dictar leyes á las cuales se someterían é iniciar tratados con nacio-

nalidades extranjeras, se han visto en la necesidad de delegar esas funciones en individuos aptos, investidos de poderes suficientes, para llevar á la práctica aquéllas y éstos. Ahora bien, esos ciudadanos no son propietarios de aquellos intereses, sino delegados, y por lo tanto, pueden cumplir tratados con naciones extrañas, gravando ó favoreciendo al país que dirigen.

Los gobernantes que se suceden en el gobierno de la cosa pública, aun cuando las cláusulas de los tratados sean verdaderos gravámenes para la nación, como el obligado es el Estado, heredan los compromisos contraídos por sus antecesores. Es perfectamente lógico, que podrán proponer, modificar las cláusulas ó rescindirlos, con los gobiernos que son parte en estos tratados; pero declararlas nulas es imposible.

Y si esto no fuera así, ¿qué gobierno se atrevería á estipular tratados, especialmente en nuestras repúblicas, si los mismos hombres que los inician tuvieran que cumplirlos?

La personalidad continúa idéntica, aun cuando se sucedan los gobernantes, tanto si una monarquía se convierte en república, como si á un reino se le da distinta organización. Cuando estalló en Francia la hecatombe que por algunos es llamada gran Revolución, sufrió infinitos cambios, y á pesar de eso continuó siendo idéntica.

La solidaridad de los gobiernos, como lo muestra la historia, es un principio universalmente aceptado. La república Francesa respetó las convenciones de Napoleón III; y los Borbones y los Estuardos consideraron válidos los tratados concluídos por Cromwell, y aun cuando los gobiernos no sean constitucionales, los que los suceden son responsables.

En los tratados de paz de 1814 y 15 las potencias aliadas aplicaron este principio contra Francia. Lo mismo sucedió en las negociaciones entre los Estados Unidos norte-americanos, Francia, Holanda y el reino de Nápoles, con motivo de las presas y confiscaciones hechas á consecuencia de los decretos dados por Napoleón I en Berlín y Milán. La responsabilidad del gobierno por estas presas y confiscaciones ha sido terminantemente reconocida en el tratado entre Francia y los Estados Unidos de 1831 y por el gobierno tradicional del antiguo reino de Nápoles, con motivo de las confiscaciones de buques que había decretado el gobierno de Murat.

Si esto sucede en gobiernos inconstitucionales, no pasa lo mismo con los revolucionarios que no han llegado á tener una existencia real. En confirmación de lo dicho, puedo citar el empréstito levantado por el príncipe D. Miguel de Portugal. D. Pedro I, emperador del Brasil y al mismo tiempo heredero de la corona de Portugal, renunció en 1826 sus derechos sobre este reino, en favor de doña María, su hija mayor, nombrando regente á su hermano D. Miguel, que juró fidelidad á la Constitución y á la reina. Pero, violando la fe jurada, el infante derrocó, poco tiempo después, á la soberana, obligándola á refugiarse en Francia é Inglaterra, con lo que mereció protestas de la mayor parte de los ministros ex-

tranjeros residentes en Lisboa, sacando los escudos del frente de sus legaciones y exigiendo sus pasaportes.

D. Pedro, al pretender socorrer á su hija, dió comienzo á una guerra civil. Para sostenerla D. Miguel levantó un empréstito, pero D. Pedro, desde las Azores, advirtió al mundo que la corona de Portugal no reconocería deuda alguna, contraída por el usurpador.

La guerra concluyó con la toma de Lisboa por las fuerzas de doña María, que fundándose en las declaraciones de su padre se negó á reconocer á los acreedores del empréstito.

Esta conducta ha merecido la aprobación de Calvo y Jacquemin; y Odilon Barrot dice: después de la lucha entre dos gobiernos, obligar al vencedor á reconocer los empréstitos levantados por su adversario, para satisfacer los gastos de la lucha y asegurarse la victoria, sería introducir en el derecho de gentes un principio que ninguna autoridad ha consagrado.

Se comprende que esto no puede extenderse hasta los impuestos que el gobierno revolucionario haya cobrado á los habitantes de una región determinada, porque la ocupación da ciertos derechos de soberanía que no puede desconocer el gobierno que alcance á sofocar la revolución; y si pretendiera volver á hacer efectivas las contribuciones percibidas por el revolucionario, cometería una iniquidad contra hombres que no tienen fuerzas suficientes para negarse á entregar esas cuotas.

RAFAEL GALLINAL.

(Concluirá).

La propiedad territorial en el Derecho Internacional

(Conferencia leída por su autor en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad).

(Continuación)

La soberanía de un Estado ejerce sobre los individuos una autoridad limitada, como lo hemos indicado en el curso de nuestro trabajo: ella somete á las leyes de policía á todos los que habitan su territorio, pero no alcanza su autoridad hasta poder disponer de sus personas como de cosas. Luego jamás podrá ser materia de un tratado el destino de los habitantes de un territorio cedido.

La subsistencia de prácticas bárbaras ha podido legitimar la imposición de abandonar su nacionalidad á poblaciones vencidas, de hacerlas extranjeras contra su voluntad y sus sentimientos. El Estado vencido debe ceder sus derechos á la soberanía sobre aquel territorio, hacer renuncia de sus derechos de dominio y jurisdicción, concretarse á lo que la ley lo autoriza, y nada más.

Es en estos casos que el Derecho de gentes aconseja y las naciones en general han aceptado la inserción en los tratados de ce-

sión de una cláusula por la cual se establezca la obligación de consultar a los habitantes de la región cedida, la nacionalidad que desean adoptar, esto es, conservar la primitiva ó la del Estado vencedor.

Diversas formas se aconsejan para recabar de las poblaciones esta consulta, entre las cuales indicaremos la de los plebiscitos puesta en boga por Napoleón III y por él defendida calurosamente.

Esta consiste en recibir los votos de los habitantes, entendiéndose que la mayoría decide de la suerte común de la nación.

Como se ve, este sistema rinde homenaje a las ideas democráticas, confiriendo la decisión a la mayoría. Concediendo al mayor número el derecho de imponer su voluntad a la minoría, da satisfacción al sentimiento popular; pero en realidad no interpreta los principios de justicia, sin contar las facilidades de fraudes que hacen irrisorio el acto.

La elección de nacionalidad debe ser un acto personal: a nadie puede reconocérsele derecho para imponer una nacionalidad a otra persona; luego, el sistema de las mayorías está en contradicción con este principio.

Y además no ofrece grandes garantías de legalidad ese sistema, por cuanto se presta a la formación de mayorías ficticias, sobre todo si el acto tiene lugar a raíz de una lucha terminada por un convenio que el gobierno central estará interesado en mantener.

Este sistema ha sido puesto en práctica en el tratado de Praga en 1866, por el cual Austria cedió los distritos del norte del Schleswig y el Holstein a Prusia, y está pactado entre Chile y Perú para resolver el destino de Tacna y Arica.

En Alsacia y Lorena se procedió en forma distinta. Allí, por el artículo 2.º del tratado de Francfort firmado el 10 de mayo de 1871, se concedió a los habitantes de aquellas provincias el derecho de optar entre la nacionalidad francesa ó la alemana por medio de una declaración hecha ante un funcionario, venciendo el plazo para hacer estas declaraciones el 1.º de octubre de 1872.

Los que permanecieran en el territorio sin hacer la declaración, serían reputados alemanes.

Descartando las injusticias de que fueron víctimas los alsaciano-lorenenses por los alemanes, para quienes no había más derecho que la fuerza, consulta ese sistema los principios del derecho de gentes y respeta la libertad individual.

Y por último está el sistema que concede a los representantes del pueblo el derecho de decidir de la suerte de sus habitantes.

Como lo hace notar Bluntschli, esta práctica interpreta bien las tendencias británicas que niegan a las masas el derecho de resolver personalmente sus asuntos internacionales.

En mi concepto este sistema subsana algunos inconvenientes del plebiscito y sanciona un progreso de la ciencia constitucional, que aconseja se dé la dirección de los negocios públicos, no a las masas populares, sino a la parte ilustrada, a los elementos preparados para las funciones públicas.

En realidad la libertad que se deja al vencido de elegir su nacionalidad no puede mirarse como un favor, como un acto de tolerancia ó una concesión graciable del vencedor, sino como el reconocimiento de un derecho y como consecuencia del triunfo del progreso moderno, que impide a la fuerza enseñorearse de los débiles.

ARTURO RAMOS SUÁREZ.

[Concluirá].

LA PRENSA Y LA "REVISTA NACIONAL"

(Véase el número anterior)

Ha sido muy merecidamente festejado por la prensa de todo el país, y aun por la del extranjero, el primer aniversario de la REVISTA NACIONAL, ese órgano de publicidad que hace alto honor a las letras, no sólo entre nosotros, sino también en toda la América de habla castellana. Es preciso conocer bien de cerca los sacrificios que representa el sostenimiento de un periódico literario en el Río de la Plata durante el primer año de su aparición, para poder valorar en toda su importancia el triunfo que ha alcanzado la REVISTA NACIONAL, cátedra abierta a todas las nobles aspiraciones del intelecto humano, de la que ya se han servido tantas notables inteligencias y en la que brillantemente han hecho sus armas numerosos jóvenes que forman esa generación que se levanta llena de legítimos anhelos, aportando caudal propio y de inestimable valía para la literatura y las ciencias sociales.

Entre nosotros, donde, desgraciadamente, tanta conspiración de silencio se hace alrededor de lo que puede imponerse porque realmente vale, a la inversa de lo que ocurre en otros países, en los que hasta se brinda el concurso de emulación, salir airoso de tan ruda prueba es haber colocado el primer jalón en la empinada pero gloriosa cumbre a que se asciende con paso firme y mirada altiva, porque se tiene plena conciencia en lo nobilísimo de la obra que se ha emprendido.

Nuestra felicitación en este caso, bien lo sabemos, nada aumenta el éxito alcanzado, pues no constituye otra cosa que un grano de arena que el viento arroja al espacio; pero, a pesar de todo, ¿cómo no tributar sincero aplauso a lo que tanto honra al país en su cultura intelectual?—(Montevideo Musical.)

La Revista Nacional.—Hace poco cumplió un año de existencia la importante REVISTA con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Mucho años hacía que la juventud del país, que se destaca por su intelectualidad, no encontraba vasto campo para poder desarrollar sus conocimientos científicos y literarios, debido a que la prensa diaria, obligada a las informaciones absorbentes del noticierismo, carece del espacio bastante para dar cabida en sus columnas a cuestiones de aquella índole, y más que todo a la negligencia que había hecho presa de los espíritus preparados para el esclarecimiento y estudio de teorías que se relacionan con las dos prenombradas ramas del saber humano.

Una publicación del carácter de la que nos ocupa era ardientemente deseada por nuestro

gremio literario, tanto más cuanto que quedan excluidas de su programa las cuestiones palpitantes sobre política y religión, manantial de discordia en sociedades como la nuestra, en la que se deja sentir la necesidad de una buena educación política y religiosa.

La REVISTA NACIONAL no despierta odios, porque su tendencia es educar el espíritu y preparar los cerebros jóvenes para la discusión de los grandes problemas sociales.

Gran vacío ha venido a llenar su ingreso en el periodismo uruguayo, debido a la inteligencia luminosa é ilustración reconocida de los jóvenes que figuran a su frente.

El elemento ilustrado de nuestro país, que forma en primera fila, colabora con entusiasmo en la REVISTA, en la que también figuran las firmas autorizadas de notables literatos americanos, como podrá verse leyendo el sumario de los números 24 y 25, el último de los que publicamos a continuación:

Exhortamos a sus distinguidos redactores a que lleven adelante la plausible idea y el propósito patriótico que persiguen, haciendo votos por la larga vida de tan importante publicación. —(El Tribuno.)

Letras uruguayas—REVISTA NACIONAL.—Cuenta un año de labor en la vida del periodismo la publicación que con el título REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES aparece en Montevideo, redactada por los ilustrados jóvenes Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó.

Esa REVISTA, que ha alcanzado un verdadero éxito desde el momento de su aparición, aumentado cada día más por el constante esfuerzo de sus distinguidos redactores, presenta para conmemorar su primer año de existencia un número especial, repleto de brillantísimas producciones, fruto de la pluma de varias personalidades que descuellan como distinguidos cultores de las letras uruguayas.

Nuestros lectores han tenido ocasión de disfrutar de lo ameno y correcto de algunas producciones que anteriormente hemos reproducido en las columnas de *El Pueblo*, tomadas de la interesante REVISTA NACIONAL, y en lo sucesivo también destinaremos preferente espacio para reproducir los notables trozos literarios que contiene el número especial de que hacemos este merecido elogio.

No necesitan, por cierto, los jóvenes Redactores de la REVISTA NACIONAL los aplausos ni las frases elogiosas que bien justicieramente debiéramos tributarles, cuando engalanan sus columnas con los plácemes de personalidades sobresalientes, como Sierra Carranza, Pena, Bermúdez, Acevedo, Bauzá, *Tax* y tantos otros relacionados en el sumario de las producciones contenidas en dicho número, que más abajo insertamos.

Presentamos, por tanto, tan sólo nuestras efusivas congratulaciones a los laboriosos redactores de la REVISTA NACIONAL, en homenaje al primer aniversario de esa notable publicación, que, como expresa el Dr. Pena, dará, «con el ejemplo, la nota más alta del patriotismo y del progreso de las letras uruguayas.»

(El Pueblo, Rocha.)

La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Con el número 24, especial, de veinticuatro nutridas páginas, que acabamos de recibir, cumple su primer año y cierra su tomo I la importante REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, que con brillo redactan en la Capital los ilustrados jóvenes Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, contando ya con el contingente de 110 colaboradores de reputación literaria y científica, dentro y fuera del país.

La REVISTA NACIONAL es una publicación quincenal que hace honor a las letras uruguayas, y sus Redactores, al cerrar el primer tomo, merecen una entusiasta felicitación, que por nuestra parte les enviamos sinceramente en estas líneas, junto con una palabra de aliento para que no desmayen en su empresa de enriquecer la literatura nacional con preciosas joyas artísticas y científicas cual su recomendable REVISTA.

En el número 24 de que hablamos trae escogidas producciones inéditas de distinguidos hombres de letras, escritas expresamente para la celebración del primer aniversario de la REVISTA, y además, una lucida carátula, impresa a dos tintas, así como el Índice Alfabético de los autores y las producciones con que han llenado las 394 páginas de que consta el tomo I.

El 10 de abril próximo verá la luz pública el número 25, con que dará comienzo el 2º. tomo, que, como el primero, no debe faltar en las principales bibliotecas, ni aun en las más modestas.

Deseamos a la REVISTA NACIONAL un segundo año de vida próspera y una vida matusalénica. —(*La Democracia*, Rocha).

La Revista Nacional.—Hemos recibido la agradable visita del número 24 de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, con el que esa publicación cierra su primer año de vida.

El aniversario de la REVISTA ha sido dignamente conmemorado con el número que tenemos sobre nuestra mesa de Redacción.

Consta él de 24 páginas, nutridas de brillantísimo material, y luce en sus columnas firmas de verdaderas eminencias literarias, confundidas con las de la falange nueva que comienza a ocupar posiciones en el campo de las letras nacionales.

La obra de la REVISTA ha sido fecunda en el año que termina, y hace alto honor a sus dignos redactores Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, que con labor no interrumpida y bríos de juventud han logrado hacer de esa publicación la noble palestra de los que anhelan levantar el vuelo intelectual a las regiones dulcísimas del arte y a las cumbres luminosas de la ciencia.

Los jóvenes,—los que en el albor de la existencia acarician el ideal y le entregan alma y cerebro,—son los que deben guardar para la REVISTA gratitud verdadera, porque ella ha venido a formar cauce a las corrientes del pensamiento nacional, abriendo cielo amplio y horizontes dilatados a los que se asfixian en la atmósfera demasiado densa de la vida dedicada exclusivamente a los goces *heliogabólicos*.

Al corresponder al amable saludo que la REVISTA dirige a la prensa, le enviamos con nuestras felicitaciones una humilde palabra de compañerismo y estímulo.

A continuación insertamos el sumario del

número que tenemos a la vista:—(*El Comercio*, Independencia.)

La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Primer tomo.—El notable quincenario que con el nombre de REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES aparece en la capital de la República, ha concluido su primer tomo, lo que a la vez importa decir que ha cumplido un año de existencia. Con este motivo ha editado un número especial, que tenemos en nuestro poder y del que acusamos recibo altamente gratos y obligados a tan ilustrado colega.

La REVISTA NACIONAL importa para nosotros un testimonio fiel del estado actual de las ciencias y las letras en la rica y joven República Oriental, por cuanto en ella aparecen las más notables producciones científico-literarias con que la juventud uruguaya prueba la robustez y fecundidad de su talento y la legítima ambición de saber que la preocupa.

Es pues así, como obra de todos y para todos, que el distinguido quincenario se presenta ante propios y extraños, y a tal altura conceptuamos las inéditas producciones de la REVISTA, que no le hacemos la ofensa de juzgarla, por carecer de la capacidad suficiente y la autoridad necesaria. En su elogio reproduciríamos todo lo que en la REVISTA se escribe, si el espacio de nuestro humilde periódico lo permitiera; pero para concluir y como grato y justo deber en su alabanza, decimos que la REVISTA NACIONAL honra y embellece las letras uruguayas.

Que viva siempre el colega, son nuestros deseos, y que sus laureles no le sirvan nunca de descanso, y sí de estímulo.—(*El Departamento*, Mercedes.)

Bibliográfica.—Hemos recibido el último número de la REVISTA NACIONAL, la publicación literaria más importante que ha visto la luz pública en el país durante esta última década.

Cuando se piensa en la suma de labor, de perseverancia e inteligencia empleada en el sostén de esa Revista, en una época y en una sociedad que parecen afectadas por una extraña neurosis de indiferentismo para todo aquello que no responda al interés material y sórdido del momento, no se puede menos que admirar y agradecer a un tiempo mismo la acción nobilísima y profícua de esa pléyade de jóvenes que ha tomado a su cargo la realización de obra tan altruista como necesaria para reflejar y dar impulso a nuestra cultura intelectual.

El último número recibido, que cierra el primer tomo anual de la REVISTA, es un testimonio elocuentísimo de lo que puede el ingenio nacional cuando se le aplica a una labor de la índole de la que nos ocupa.

Los jóvenes Redactores de la REVISTA NACIONAL han logrado reunir en las páginas correspondientes al número que mencionamos, un grupo selecto de composiciones en prosa y verso que hace de ese solo número todo un libro de aquilatado mérito literario.

¡Lástima que sólo Montevideo esté representado en esas páginas, pues en ellas no encontramos, salvo unos versos de los peores que ha escrito el joven García Hamilton, nada que indique o dé una idea de que hay también en los Departamentos inteligencias bien preparadas y muy dignas por consiguiente de figurar entre

las que con legítimo orgullo nos exhibe en su número de última fecha la REVISTA NACIONAL. Reciban los Redactores de esta interesante publicación nuestras felicitaciones y nuestros votos por su creciente prosperidad.—(*El Paysandú*, Paysandú.)

Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Hemos recibido el número 24 de la interesante REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES que aparece en Montevideo bajo la dirección de los distinguidos literatos Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó.

El número que hemos recibido completa el primero de los tomos de esa interesante publicación, que hace honor a la literatura nacional.

La REVISTA cuenta ya con ciento diez colaboradores, entre los que figuran personalidades de indiscutible valer y reputaciones literarias bien cimentadas.

La suscripción a la REVISTA sólo cuesta 60 centésimos mensuales, lo que quiere decir que por una suma insignificante puede el suscriptor tener el placer de leer trozos selectos de literatura nacional y conocer a nuestros más distinguidos literatos.

Para que los lectores de *El Pueblo* se formen una idea de la importancia de esa REVISTA, transcribiremos el sumario de los escogidos materiales que contiene el número que hemos recibido.—(*El Pueblo*, Paysandú.)

Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Hemos recibido el número 24 de la REVISTA que se publica en Montevideo con el título que nos sirve de encabezamiento.

En dicho número han colaborado nuestros principales poetas, prosistas y juriconsultos.

Componen su cuerpo de redacción los señores Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, ventajosamente conocidos en las letras nacionales.

En su género es la primera publicación de la República, y en las demás de Sud-América no hay otra que la aventaje.

A más de entretenimiento por la lectura amena, sirve de consulta a los que se dedican al estudio de las ciencias sociales.—(*El Día*, Paysandú.)

«**Revista Nacional.**»—Hemos recibido el número 24 de la interesante REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, publicación que ve la luz en la capital de la República, redactada por los jóvenes literatos Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó.

El número a que hacemos referencia termina el primer año de esa importante publicación y viene acompañado de la correspondiente carátula y un índice alfabético de autores para que la colección pueda ser encuadernada.

En medio del movimiento intelectual del país, la REVISTA NACIONAL representa el esfuerzo colectivo de nuestra más brillante juventud, que busca en los grandes ideales de las ciencias y del arte nuevos horizontes para las letras patrias.

«Libre de exclusivismos odiosos y de parcialidades censurables, como ella lo dice, la REVISTA NACIONAL ha permanecido fiel a su propósito de atraer a sus páginas todo lo que represente una fuerza moral o intelectual enderezada al bien, a la verdad y a la belleza.

«Los viejos y los jóvenes, los veteranos y reclutas del pensamiento, han fraternizado bajo la sombra de la bandera desplegada por la REVISTA en la obra meritoria de mantener vivo el entusiasmo por las bellas letras y en la de pugnar briosamente por el triunfo de las aspiraciones de que esa misma bandera es simbólica expresión.»

Al saludar al ilustrado colega en su primer año de existencia, nos complacemos en insertar en seguida el sumario del número que tenemos a la vista, que por su variado é interesante material llamará con justicia la atención de los amantes de las bellas letras.

He aquí el sumario:—(*El Nacional*, Melo.)

Progreso.—De tiros largos se nos presenta el número 24 de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES correspondiente al día 25 de febrero último.

Con este número termina la colección que constituye el tomo 1.º, al cual se acompaña la correspondiente carátula y un índice alfabético de autores.

Para que se vea la importancia del citado número transcribimos el siguiente sumario:—(*El Deber Cívico*, Melo.)

Ha poco tiempo, acusando recibo del número 22 de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, que aparece quincenalmente en la capital de la República, decíamos que «los que gustan de la buena lectura apreciarán toda la importancia que día a día adquiere esa interesante publicación».

Hoy tenemos ocasión de confirmar plenamente tan justicieros conceptos, al hojear la edición extraordinaria con que la REVISTA NACIONAL conmemora su primer aniversario.

Las letras uruguayas tienen en la publicación de la referencia dignísima representación.

Laboremus! fué el lema adoptado por los jóvenes redactores de la REVISTA NACIONAL, y palmo a palmo, perseverando infatigables en sus propósitos, supieron conquistar para esa publicación un puesto honroso en la prensa de ambas márgenes del Plata.

Luchadores incansables, han podido decir con toda justicia: «Dirigiendo una mirada retrospectiva al conjunto de la labor realizada en la primera etapa de esta REVISTA, un legítimo sentimiento de satisfacción despiértase en el espíritu de los que la fundaron.»

Enviamos a la redacción de la REVISTA NACIONAL nuestras más sinceras felicitaciones por el verdadero *tour de force* que ha realizado al festejar el primer aniversario de su fundación.

He aquí el sumario del número 24, a que hemos hecho referencia en los párrafos que anteceden:—(*La Voz del Pueblo*, Minas.)

Una honra nacional.—Nada halaga tanto nuestro espíritu como el observar nuestra creciente cultura, que ha tomado proporciones hoy muy satisfactorias.

El Uruguay desde mediados del siglo ha avanzado de tal modo en la civilización, que en la antigua Europa se comentan favorablemente nuestros progresos y se recomienda al país, que crea notabilidades en todos los ramos del saber humano.

La obra ha sido grandiosa y fecunda, y esto se ha conseguido por los medios usados para realizarla.

Uno de los principales factores de nuestro

movimiento literario, lo es sin duda alguna la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, que en marzo último cumplió un año de existencia. Puede llamarse a esta publicación una verdadera honra nacional.

Su cuerpo de redacción, formado por juventud entusiasta, emprendió hace poco más de un año la gigantesca empresa de fomentar la literatura, de extender los conocimientos científicos entre un pueblo que contaba con más indiferentes que adeptos a publicaciones de este género; la constancia ha conseguido lo que no podría la imposición, y la REVISTA NACIONAL, con sus loables esfuerzos, ha despertado la afición a los trabajos literarios, sosteniendo hoy su reputación a la altura de las mejores revistas extranjeras.

No sólo los publicistas americanos, las escritoras distinguidas, que hoy adornan las columnas de la REVISTA con sus afiligranados trabajos, serán sus favorecedores: las notabilidades europeas le prestarán su concurso, porque convida a hacerlo la seriedad y el valor científico y literario de sus inserciones.

El porvenir de la REVISTA NACIONAL está asegurado; sus redactores pueden enorgullecerse por la colaboración de verdaderas eminencias, motivos éstos que nos obligan a presentar a ese núcleo de inteligencias que no desmayó en tan árida empresa, una sincera felicitación.—(*La Unión*, Minas.)

Muchas son las publicaciones de importancia que actualmente ven la luz en la República; y en nuestro concepto descuella sobre todas la REVISTA NACIONAL, pues que resume, en cierto modo, todo el movimiento intelectual contemporáneo.

La entrega recibida hoy, última del primer tomo, consta de veinticuatro páginas, más el índice de los materiales que encierra y la firma de sus autores; y de su importancia darase cuenta el lector con sólo pasar la vista al sumario que le corresponde, que es el siguiente:—(*El Clamor Público*, Minas.)

La Revista Nacional.—Con placer ojeamos a la ligera las páginas del número correspondiente al 25 de febrero, con el cual termina el primer tomo esta interesante publicación quincenal montevideana. Celebrando el primer año de existencia en el estadio de la prensa, se compone este número de veinte y cuatro páginas, repletas como siempre de selecta y amena lectura, colaborando en él los principales literatos de esta República.

Los inteligentes jóvenes que forman la Redacción y sus ciento diez colaboradores pueden estar orgullosos de su incesante trabajo, pues aportan a la literatura nacional gran caudal de poco comunes conocimientos, cumpliendo así fielmente su lema: *Laboremus*.

Felicitemos a la REVISTA en su aniversario y deseámosle larga y fecunda vida.—(*El Progreso*, Florida.)

Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Los sumarios que en oportunidad hemos venido publicando, correspondientes a la importante REVISTA cuyo nombre nos sirve de epígrafe, son una prueba acabada de que ella responde fielmente a su título.

No auguramos otra cosa al saludar hace un año a ese adalid de las letras, cuando al frente de sus columnas se presentaron llenos de entu-

siasmo los ventajosamente conocidos jóvenes Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, ayudados por un centenar de colaboradores orientales y extranjeros que sobresalen en el mundo literario.

Al acusar recibo del número 24 de la REVISTA que complementa el tomo 1.º, el que viene extraordinariamente repleto de interesantes materiales, enviamos nuestras felicitaciones a los prenombrados jóvenes, iniciadores de la primera publicación en su género en la República Oriental, estimulándolos a que continúen la obra, desde que se ha construido su sólido cimiento.

Júzguese esta publicación por el sumario del último número a que nos referimos.—(*La Paz*, Treinta y Tres.)

Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales.—Esta importante REVISTA, fundada por los distinguidos escritores Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil y José Enrique Rodó, ha cumplido un año de existencia con el número veinticuatro, el que viene esmeradamente impreso y abundante de selecto y variado material.

La REVISTA NACIONAL, dedicada exclusivamente al cultivo de las letras, es la única en su género en la República, colaborando en ella eminentes escritores uruguayos y extranjeros, siendo ella el reflejo de la vida intelectual del país y de nuestros progresos literarios y científicos.

Con razón, los fundadores de tan importantísima publicación siéntense orgullosos y con legítima satisfacción ven realizada su obra de un año, dándole alientos y estímulo para proseguir adelante, al ver que de todas partes reciben palabras de simpatía por los triunfos alcanzados en el campo fecundo de la ciencia y de las letras.

A las manifestaciones que con motivo del primer año de la publicación de la REVISTA llenarán de justo regocijo a sus inteligentes fundadores, unimos la de nuestra humilde hoja, estrechándole con cariño la mano que nos tiende, deseando para la REVISTA y sus dignos fundadores toda clase de prosperidades.—(*El Eco de Tacuarembó*, San Fructuoso.)

Revista Nacional de Literatura.—Hemos tenido el honor de recibir el número especial mandado editar por la ilustrada Dirección de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS, con motivo del cumpleaños de la aparición del digno colega en el estadio de la prensa de la República.—La REVISTA viene repleta de interesantísimos materiales y revela los progresos realizados en la propaganda científico-literaria iniciada por la distinguida pléyade de escritores uruguayos que forman su Dirección.

Felicitemos al ilustrado colega por tan brillantes progresos.—(*El Argos*, Durazno.)

Cumpleaños.—La simpática publicación cuyo título es REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES ha cumplido el primer año de su existencia. Nos adherimos con verdadero sincero placer a las felicitaciones que con tal motivo ha recibido, deseando al distinguido colega un éxito perenne en el digno puesto que ocupa, por su índole esencialmente propagandista de ideas elevadas y de moralizador efecto.—(*El Departamento*, Durazno.)

Tipo-Lit. ORIENTAL, C. Treinta y Tres N.º 112, Montevideo